

Tierra de leyendas VI

Sedice.com

25-01-2008

Silencio, Secreto, Sexo, Jeroglífico y Tiempo

Presentación

Bienvenidos seáis, autores y lectores, aventureros de las letras, a nuestro séptimo Concurso de Relatos Tierra de Leyendas.

En vuestras manos tenéis los setenta y dos relatos presentados. En este documento hay 18, que corresponde a uno de los cuatro grupos, pero, como sabéis, os podéis descargar los otros grupos restantes. Recordad que antes de votar en ningún grupo, tenéis que solicitar el voto públicamente en el hilo “Concurso Tierra de Leyendas VII: Solicitudes de voto”. A partir de ese momento, el Custodio (Malhalma) os mandará un mensaje privado (MP) indicando a qué grupo debéis votar con el fin de repartir las votaciones en los distintos grupos. Una vez asignado vuestro grupo, debéis leerlo y seguir las instrucciones para votar que serán enviadas por Malhalma en el mismo mensaje donde se os asigna el grupo.

Si queréis votar en otro grupo, una vez que hayáis votado y se haya confirmado vuestro voto como correcto, debéis solicitar de nuevo otra votación, donde se os asignará un grupo nuevo. Una vez realizadas las dos votaciones, no se podrá votar una tercera vez. Sólo se podrá votar 2 veces (a dos grupos).

Tenéis la responsabilidad de haberos leído todos los relatos del grupo al que vais a votar. No son pocas las letras que tenéis por delante, por lo que se recomienda no dejarlo para última hora, ni esperéis “puntuarlos” en una segunda relectura por si os quedarais sin tiempo material. Es aconsejable que vayáis evaluando, apuntando lo que os gusta o no de cada uno de ellos medida que vais leyendo.

Los votos se otorgarán de la siguiente manera: Al relato que más os haya gustado le daréis 4 puntos, al siguiente 3 puntos, al siguiente 2 puntos y luego debéis darle 1 punto a los 6 restantes que creáis merecen un voto. Dicho de otro modo, cada uno votará a 9 relatos dentro del grupo de 18 (la mitad), destacando a los tres mejores, según esta secuencia: 4,3,2,1,1,1,1,1.

Las votaciones de esta primera fase se cerrarán el 18 de febrero de 2008 a las 23:59. Consultad la Agenda de Sedice en caso de duda. Los 10 mejores de cada grupo, serán susceptibles de ser publicados en una próxima antología Tierra de Leyendas VII. Los 6 primeros de cada grupo, pasarán a la Fase Final. En caso de empate a puntos en las posiciones 7 o 10, se desempatarán por número de votantes que hayan votado a ese relato (personas). Si aún así se empatara, se incluiría a ambos empatados en la publicación del libro o en la Fase Final, según el caso.

IMPORTANTE (1):

El autor no puede decir en qué grupo se engloba su relato ni dar pistas claras de ello. Sólo podrá hacerlo, e incluso revelar su autoría, si tras la primera fase su relato no pasa a la final.

IMPORTANTE (2):

Los autores participantes están obligados a votar en todas las fases so pena de penalización de 10 puntos al finalizar el recuento.

Aunque será difícil decidir los relatos que más os gusten, esperamos que disfrutéis de una plácida y entretenida lectura.

Un saludo a todos y suerte para los participantes.

Informar de Errores ortográficos y de maquetación

El presente texto ha sido revisado únicamente por el propio autor antes de enviarlo al concurso, y por tanto, dado que todos somos humanos, es muy probable que contenga erratas. Incluso en la maquetación, es posible que hayamos cometido algún error y no se detectara en su debido momento. Por todo esto y más, disculpas de antemano.

Si detectas algún error, seas autor, jurado o lector de este documento puedes informar enviando un correo electrónico a la dirección tierrasdeleyendas@gmail.com

Trataremos de atenderte lo antes posible.

Muchas gracias por ayudarnos a aumentar la calidad del TDL VII.

La alacena de las ratas

Mi abuelo solía decir que es importante tener una alacena infestada de ratas en algún rincón de la casa. Nunca dijo por qué, y siempre creí que, en realidad, no había ningún secreto escondido detrás de aquel extraño sonsonete; pensaba, y supongo que es normal, que se trataba simplemente de alguna extravagancia del viejo. Hasta el día en que, jugando con mi primo Tristan, descubrimos la alacena.

Tristan era un crío irritante hasta la náusea, y muchas veces daban ganas de vomitarle sapos y culebras. Aquella tarde de tormenta fue una de ellas.

Caían rayos como latigazos que hicieran estremecerse al mundo, y hacía tiempo que los plomos del viejo caserón habían saltado. Alrededor de la chimenea, bajo la complicidad de las velas, mi primo y yo desgranábamos nuestras viejas historias de ahorcados intentando asustarnos mutuamente, pero hacía ya demasiado tiempo que nos conocíamos y podíamos anticiparnos a los sustos del otro. Tristan, incapaz de asumir su derrota, insistía en sacar ratas una y otra vez en sus relatos, asegurando a cada fallido intento que yo les tenía un miedo atroz.

“Ya te has vuelto a girar, medica”, me decía cada vez que, según él, escrutaba las sombras para ver si alguna alimaña se aprestaba a saltarme al cuello. En el fondo, tanto él como yo sabíamos que era falso, pero era tal el hastío que me provocaba aguantarle ahí prisionera, sufriendo una y otra vez sus burdos trucos “aterradores”, que al final acepté el desafío que me proponía para probar que no era una “cría llorica”. Así, nos pusimos a buscar la alacena de las ratas.

En el fondo ninguno creía que la fuéramos a encontrar. En mi familia hay y ha habido siempre muchos locos —como se adivina en las miradas de esos retratos sombríos que hay en todos los pasillos—, pero todos sabíamos que el abuelo era de los peores. ¡Un rincón infestado de ratas! Como la tía Ágata hubiera dicho, en esta casa nunca hemos albergado bestias de ningún tipo.

A pesar de todo, vagabundear por la mansión bajo los destellos de la tormenta era mucho más divertido que escuchar a Tristan con sus tonterías. Al menos, mientras investigábamos por las estancias del piso superior —en las que teníamos estrictamente prohibido adentrarnos— mantenía su boca cerrada. Yo creo que incluso tenía algo de miedo. Si soy sincera, incluso yo sentí algún escalofrío. Los experimentos de mi tío —esos recipientes llenos de formol en los que flotaban sombras siniestras— y las colecciones confeccionadas con recuerdos de las colonias —cuchillos kukris de los gurkhas nepalíes, urnas funerarias egipcias, estatuillas exóticas representando oscuras mujeres desnudas— no parecen trastos viejos, como dice la tía Ágata, cuando la tormenta te envuelve en sus claroscuros. No, nada tan inocente como eso.

Paradójicamente, cuando entramos en la alacena de las ratas no experimentamos terror alguno; parecía, más bien, el único rincón tranquilo de la casa. Después de haber imaginado mil fantasmas escondidos tras los muebles de las habitaciones precedentes, fue allí donde, por fin, decidimos tomarnos un respiro.

La lluvia repiqueteaba contra los cristales del ventanuco como un suave ronroneo y los relámpagos parecían haberse quietado. En la oscuridad, el pelo rubio de Tristan era una mancha desvaída, y sus ojos, dos pozos insondables. Parecía otra persona. Únicamente su olor —constaté sorprendida, pues no hubiera creído poder identificarlo— me resultaba familiar, y tranquilizador. Todo resultaba extraño, como si el propio aire estuviera cargado con la energía de la tormenta. Quizá fuera eso lo que impelió a hablar.

“Se está bien aquí”, dije, y lo recuerdo a la perfección porque al momento me sentí muy tonta. Tristan, sin embargo, no se rió de mí, sino que se inclinó muy despacio hacia mi pelo y posó sus labios junto a mi oreja.

Sentir su aliento en el cuello me estremeció. Notaba una extraña calidez en mi interior, y al mismo tiempo una leve sensación de vértigo. Cuando me rodeó con su brazo, despacio, me sentí reconfortada. Y cuando su mano acarició mi pierna bajo el vestido no sentí el impulso de detenerle, sino una intensa curiosidad.

Era extraño, como una travesura nueva. Una privada, una que realmente hubiera que mantener en secreto. Sabía que sería difícil esconder a los otros lo que habían buscado sus dedos, el cosquilleo que había surgido en mi pecho; sabía que mis ojos me delatarían, y por ello, excitada, busqué sus labios con los míos.

Su tacto era suave, como el terciopelo. Frío. Boca contra boca, dudando mi lengua prisionera, sentí cómo el tiempo se congelaba. La sombra blanquecina de su pelo danzaba sobre mis ojos, incongruente, y sus manos parecían haberse perdido. Esperaban justo al límite, rozando ese rincón de mi cuerpo que deseaban pero sin atreverse a franquear la ínfima distancia que restaba. Pronto me cansé de aquella espera estática y cobarde, y me separé de su abrazo.

Tristan me miró, confundido y anhelante, desesperado por saber si lo que había nacido en aquel momento extraño era enfado, complicidad o indiferencia. Curioso por determinar quién jugaba con quién. Y entonces, sus ojos se tiñeron de terror.

Rápidamente volví la mirada hacia la puerta, dónde se recortaba la inconfundible silueta contrahecha del abuelo. Un relámpago iluminó en su cara una mueca cruel subrayando sus palabras.

“La tía Ágata dice que no albergamos bestias en esta casa, y dice bien. Tristan, ya no tienes lugar bajo este techo. Aléjate de tu prima.”

Vi la mancha clara de su pelo apartarse de mi lado en la oscuridad de la alacena, su cuerpo encogido en una sombra temerosa.

“Abuelo, por favor...” Rogó débilmente.

“Ya no soy tu abuelo”, replicó el viejo dándonos la espalda. “Las alimañas no tienen abuelos. Pero tranquilo, que no te faltará compañía.”

Volví con horror la mirada hacia mi primo. Su silueta todavía parecía más pequeña, y la mancha de cabello rubio, mayor. Sus palabras se habían ahogado y ya no protestaba. La transformación era vertiginosa, implacable. Y cuando decenas de ojillos brillantes se iluminaron entre las sombras de la estancia, supe que mi sitio ya no estaba allí.

Bajo la atenta mirada de las ratas que habían abandonado sus escondrijos para dar la bienvenida a Tristan, salí de la alacena y eché a correr hacia mi habitación. Los retratos de mis antepasados vigilaron mi carrera por los viejos pasillos del caserón, y la locura de sus ojos, por fin, no me resultó tan ajena. Era la misma que se escondía bajo mis lágrimas.

Secreto - Sexo

La espera

“Pensar es moverse en el infinito”

Henri Lacordaire

“El tiempo físico nos es extraño, mientras que el tiempo interior es nosotros mismos”

Alexis Carrel

—*Son las 3 de la tarde con 12 minutos en este miércoles soleado y caluroso. Continuamos con más música...*

Martín voltea a ver su reloj de pulsera y comprueba la hora que el locutor de radio acababa de dar. Realmente éste era un movimiento reflejo, pues también tiene la hora en el reloj del tablero.

Es en efecto una tarde calurosa, y cuando se está en un coche bajo el sol y sin aire acondicionado es verdaderamente un fastidio, casi un martirio.

—¿Por qué demonios no he llevado a reparar ese aire acondicionado? —hastiado se pregunta en voz alta Martín a sí mismo.

Abrir las ventanillas no le ha servido de nada con este calor, atrapado en el tráfico ya por más de media hora. Haber disminuido de pronto de noventa a veinte kilómetros por hora, para un poco más tarde detener el auto completamente, lo ha llevado hace ya varios minutos a la desesperación.

No soy el único, piensa Martín un poco resignado al ver que algunas personas bajan de sus coches para estirar las piernas, total los coches no avanzan ni un ápice; otros tocan el claxon desafortadamente, esperando que con eso se descongestione el tráfico o tan sólo para sacar de alguna manera el estrés. Claro que esto no sucede, sólo aumenta la desesperación y el estrés general.

—*Las 3 de la tarde con 30 minutos. Seguimos con un corte informativo...*

Nuevamente Martín voltea a ver el reloj. Ya le empieza a doler la cabeza.

—¿De dónde sale tanta gente? ¿Se juntaron acaso todos los coches de la ciudad precisamente ahora y exactamente en esta avenida? —a Martín ya no le preocupa lo que piensen los demás por verlo hablar solo. Había que romper el silencio de algún modo...

—¿Silencio? Y a esto se le puede llamar silencio, ¿no? Con todo este ruido, ojalá todos se callaran de una vez. ¡Silencio! Silencio y tranquilidad es lo que necesito ahorita.

Cansado ya de la estación de radio que escuchaba, le cambia de una a otra esperando encontrar algo que le haga olvidar el lugar donde se encuentra varado, pero al parecer se averió el radio, pues se escucha extraño, grave, como lento, como un disco de acetato de 45 tocado a 33 revoluciones.

—Sólo eso me faltaba. ¡Maldita sea! —grita ya enojado y golpeando repetidamente al estéreo— ¡Funciona, porquería! —le ordena al radio, que no importando cual estación todo suena igual de mal- ¡Y justo hoy que no traje un solo disco! — Ya no sabe si reír o llorar.

Puede ser realmente odioso perder el tiempo de esta manera. Y con tantas cosas que tiene que llegar a hacer a la oficina, un documento por redactar, llamadas telefónicas, una junta para la que ya va tarde, y con ese Ramírez que de por sí ya lo trae en jaque; y luego en casa, eso de vivir solo y tener que ocuparse de los quehaceres.

—Me parece que necesito una muchacha que lo haga por mí...

Mentalmente lo apunta dentro de sus pendientes..., otro más para la cuenta.

Despertando un poco de sus pensamientos, de pronto nota que hay menos ruido en general.

—¡Vaya, qué descanso!

Con el alivio de una creciente tranquilidad, no nota cómo su propio cuerpo se va haciendo más lento, entrando a un estado de sopor; por lo pronto se relaja, como esa sensación cuando estás a punto de dormir totalmente agotado por el cansancio.

Piensa que después de todo puede aprovechar ese tiempo para algo más útil. Recuerda que debe llamar al trabajo para avisar que llegará tarde debido a este insólito embotellamiento. Aunque con suerte ya se han enterado por las noticias, seguro que hasta saben a qué se debe.

Descubre entonces que su cuerpo no le responde. Como tratar de caminar muy rápido bajo el agua: mucho esfuerzo, poco desplazamiento. No corre, sino que se arrastra, pegajoso como la miel.

—¡Ey, despierta, reacciona!- se ordena a sí mismo, pero también sus palabras suenan como estiradas.

Todo a su alrededor, y aún él mismo, se mueve como en cámara lenta. Se olvida de momento del teléfono para tener su atención en lo que asume su descubrimiento. Martín trata de adaptar sus pensamientos a la velocidad de lo que ve para poder mover su cuerpo, pues en un principio piensa tan rápido en comparación a las reacciones de su cuerpo que éste no hace lo que le ordena.

¿Es el tiempo quien va más despacio o es su conciencia que va más rápido? ¿Cómo es que cambió su percepción del tiempo?, no nota diferencia en su conciencia pero el mundo físico va poco a poco reduciendo su velocidad.

Espantado quiere ver lo que le sucede a la gente al rededor. A la izquierda, en su coche, una joven con angustia en su rostro parece que busca algo en la guantera, probablemente a ella le pasa lo mismo. Adelante, uno de los hombres que había salido a descansar las piernas, muy despacio intenta regresar a la seguridad de su automóvil. Por el retrovisor ve el pánico en las caras de la pareja que se encuentra en el carro de atrás.

Según la teoría de la relatividad, si una partícula se mueve cada vez más rápido, el tiempo se alenta y se detiene si la velocidad de la partícula iguala a la de la luz.

Pero la conciencia es inmaterial, aunque ocurre dentro del espacio material. ¿O está hecha la conciencia de partículas?

¡Cuántos y cuántas veces se ha soñado en poder manipular el tiempo!, pero esto no es lo que se espera, esto es diferente, como si fuera el tiempo quien lo manipula. De nada le sirve a alguien que el tiempo corra más lento si su mismo cuerpo va igual, si sólo el pensamiento mantiene su ritmo.

Martín, así como los otros, siente miedo e incertidumbre de lo que está pasando, ¿hasta cuándo seguirán su cuerpo y su mente desfasados? ¿Cómo hablar de un cuándo, si ya no sabe cómo se mueve el tiempo?

—¡¿Qué carajo fumé?! —se dice a sí mismo Martín, aunque ya no con palabras, que se arrastran, como una estrella de mar al lado de un avión.

Todo está silencioso. Hace ya rato que el radio no se escucha y el reloj del tablero no ha avanzado, 3:38 p.m. Ya no puede mirar su reloj de pulsera pues todo movimiento ha cesado. Lo último que mira y que seguirá mirando es para su desgracia el espejo retrovisor, ahí atrás está la pareja..., al menos están acompañados, ahora él se siente totalmente solo. Se consuela

tontamente pensando en miles de situaciones peores en las que pudo haberse quedado, sueña en las situaciones en las que no está.

Existe encerrado dentro de su cuerpo, en el no-tiempo, en la eternidad.

¿Qué podría ser más infierno o purgatorio que esto? Condenado a estar solo con sus pensamientos y sus recuerdos, sin poder HACER nada ya, esperando el momento en que regrese el tiempo.

Silencio - Tiempo

La fuente de la luna

Había pasado frío en ese viejo cuarto.

Y eso solo servía para recordar aún más.

Un lacónico buenos días fue pronunciado por el hijo. El padre, al oírlo, cerro los ojos y un pensamiento atravesó su cabeza —*no sé que hacer*—. Hacía tres meses el mundo de su hijo y el suyo propio se habían derrumbado.

—He tenido un sueño.

—¿Me lo cuentas?

—Sí. Había una fuente y la luna brillaba.

—¡Qué bonito!

—¿Y sabes otra cosa?

—No.

—¡Mamá estaba allí!

El padre creyó hundirse en la fuente soñada de su hijo.

A él, tener que cuidar del niño le había servido de huida, pero el niño no había encontrado ninguna vía de escape y cada día que pasaba mezclaba más y más los recuerdos de la madre con puras fantasías.

Estos tres días eran un nuevo intento para recuperarlo. El campo, el bosque, el río... sacarlo de la monotonía era su objetivo.

Cambió de tema.

—Hoy vamos a comer en el campo.

—Vale, papá.

La aldea era bastante pequeña. Un puñado de casas rodeaba una pequeña plaza coronada por una fuente. Poco más de una docena de personas se sentaban en los bancos situados a ambos lados de la misma.

Debían ser todos los habitantes de la aldea.

Todos eran viejos.

Se dirigieron a la vivienda que hacía las veces de tienda y donde le habían dado las llaves de la casa. El tendero era otro hombre mayor, de unos sesenta años, pero aún parecía fuerte.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, ¿podría decirme como llegar al río?

—Sí claro. Coja el sendero que sale para la montaña. A dos horas de camino lo encontrará.

—Gracias.

Cuando salieron acompañados del tendero, otro anciano estaba junto a la puerta. Los dos viejos, tras ver alejarse por la plaza al padre y al hijo, hablaron.

—Ese niño puede valer.

—Sí.

—Además te toca a ti.

—Sí.

—El cuchillo sigue escondido en el pedestal de la fuente.

—Lo sé. Siempre está ahí.

—Recuerda, cuando la luna brille.

Esta vez no contestó, dando unos pasos hasta la plaza gritó llamando al niño.

—¡Chaval, ven!

El niño miró al padre y éste, con un gesto de la cabeza, le dijo que fuera. Corriendo pasó por delante de la fuente.

Fue observado por varios pares de ojos.

—¿Sí?— Preguntó entre jadeos.

—Te voy a contar un secreto, pero no se lo digas a tu padre. ¿Vale?

Dudó antes de asentir con la cabeza.

—En este pueblo...

El niño asentía y abría más y más los ojos con cada palabra que escuchaba.

Cuando regresó con su padre iba sonriendo y cantando. El padre no le preguntó qué le había dicho el tendero; con verlo así le sobraba.

Se fueron de excursión.

Una reja alta, acabada en pinchos y pintada por el característico color del óxido, le impedía acceder al cementerio. Allí estaba la fuente; la fuente de la luna—“...la llamamos así porque si pides un deseo cuando la luna llena se refleja en el agua...”—. No dejaba de repetirse una y otra vez la frase acompañándola de una única imagen. La de su madre.

Lentamente y con los nervios a flor de piel cogió con su mano el cerrojo. No tenía candado. Lo descorrió y empujó la reja. Con un perezoso chirrido la cancela se abrió dejándole vía libre a las sombras. Dudó. Tenía miedo, pero pensar en su madre le dio fuerza para internarse entre las tumbas buscando el jardín de la fuente —“...está al fondo, en el lado opuesto a la entrada...”—. Se tropezó con lo que le pareció una lapida rota por el tiempo, pero no quiso prestarle atención, si lo hacía el pánico le impediría proseguir, y estaba tan cerca... Intentaba levantarse cuando un ruido atenazó todos sus músculos, aunque solo fue un instante; el que necesitó su cerebro para identificarlo con un chorro de agua. Levantarse y echar a correr fue una única acción. A los pocos segundos, sus lágrimas se mezclaban con el agua de la fuente.

Agua que reflejaba la luna.
Agua que reflejó una mano.

Gritos y puñetazos retumbaban en la silenciosa noche. Pero en la aldea nadie parecía escuchar. Ni una sola de las puertas o de las ventanas fue abierta. Ante la tienda se derrumbó llorando —*mi mujer, mi hijo*—. Sentía que en tres meses lo había perdido todo. Estaba solo en aquella maldita aldea acompañado únicamente por la luz de la luna. Luz que convertía todo en gris. Las casas, los bancos y la fuente de la plaza. Todo, incluso su propia vida.

Pero una desesperada luz se abrió paso entre las sombras. La fuente le había recordado el sueño de su hijo —*Sí. Seguro que ha ido a buscarla*—. Fue el pensamiento que cruzó su mente —*pero, ¿dónde?*—. Miró al norte, al bosque. Aquella parte ya la habían recorrido. También al sur, la campiña. Estaba despejada de árboles. Y por el oeste estaba la carretera. Solo quedaba un camino. Todo a una carta —*al este*—, se dijo.

La mano tiró con fuerza de los pelos, siendo algunos arrancados a la vez que el niño era izado. Todos los esfuerzos que realizaba por soltarse eran vanos. Más aún cuando un brazo lo apretó con fuerza contra el propio cuerpo del asaltante. Un aliento caliente, húmedo y fétido inundó la oreja y parte de la mejilla del niño.

—¿Has pedido tu deseo?

El niño, entre el dolor y el miedo no pudo articular palabra. Respondió moviendo la cabeza.

—Pues yo voy a pedir el mío.

Soltó los pelos y con esa misma mano se tanteó el bolsillo del pantalón y sacó una larga y fina cuerda.

—Pero para que me sea concedido, te necesito.

Tiró el cuerpo como si fuera un saco de patatas.

—La fuente de la luna...—le dio la vuelta y le amarró una mano a los pies—. Sí concede deseos. Pero tiene un precio.

Cuando se aseguró que estaba bien amarrado, y que no podría soltarse con la otra mano sin él darse cuenta, lo dejó para dirigirse hasta la base del chorro de la fuente.

—Para ser exacto, un cambio —hablaba mientras hurgaba entre las piedras que se amontonaban al pie del surtidor—. Yo quiero la juventud. La tuya.

Una lápida cayó con un ruido sordo.

—¡Aquí está!

A la luz de la luna, el niño vio como el tendero se acercaba hacia él con un cuchillo herrumbroso en las manos.

—Ahora, intercambiamos nuestros tiempos. Yo tendré tu juventud, y tú...—calló por unos instantes mientras pensaba una nueva frase. Sonrió y añadió—, al menos no morirás en unos diez-veinte años.

Y mientras se reía del comentario que acababa de hacer se cortó las venas de su propia muñeca izquierda. Luego, con la mano libre del niño, hizo lo mismo.

El grito inundó el bosque.

El grito se había clavado como una aguja en su cerebro —*está sufriendo, algo le pasa*— y lo único importante era llegar hasta su hijo. Había acertado con la dirección, pero no con el sendero. Atravesaba la maleza sin prestar atención a las ramas que golpeaban su rostro y a las rastreras raíces que le hacían tropezar una y otra vez. Un aullido o un lamento, era difícil de

distinguir, le indicaron que faltaba poco. Tras saltar unos matorrales, cayó rodando sobre lo que parecía ser el sendero. Cuando se incorporó, ante él, se encontró con una reja abierta que daba acceso al cementerio —*allí está mi hijo*— corriendo franqueó la puerta.

La luna oscilaba llena de sangre.

El tendero había sumergido la mano herida del niño y la suya propia. Las heridas manaban. El tiempo de sus vidas se mezclaba.

—¿Lo sientes? ¡Yo sí!

La contestación solo fueron sollozos.

—Dentro de poco tú también lo sentirás. Sabrás lo que es... ser viejo.

La roja luna desapareció cuando dos cuerpos cayeron en la fuente.

Sin pensarlo, el padre se había abalanzado sobre la persona que hacía daño a su hijo. Solo una idea ocupaba su mente —*matar a ese cabrón*—. Giraron uno sobre otro. Manos y piernas impactaban contra torsos y caras. Pero a medida que la ventaja de la sorpresa desaparecía, el tendero recobraba la iniciativa. En el último de los giros su cuerpo acabó arriba. Dos puñetazos, y sus manos tuvieron tiempo para cerrarse como tenazas alrededor del cuello del padre.

Le faltaba aire.

Entraba agua.

Pero se habían olvidado de alguien cuyo tiempo había avanzado. Avanzado lo suficiente para que ese alguien ya no fuera un niño miedoso. Para que ese alguien fuera capaz de pensar fríamente y desatar unas ligaduras con una sola mano. Suficiente para que ese alguien cogiera un cuchillo.

—Mi padre no va a morir.

Cuando el tendero se percató de su error, ya era tarde. Un cuchillo se hundía hasta el mango en su espalda.

—Tú ocuparás su lugar.

Ojos vidriosos miraron la luna llena.

Fue lo último que vieron.

Secreto - Tiempo

¡Manifiéstate!

Llevaba años trabajando en su máquina. Tantos, que Fernando no podía creer que por fin estuviera lista para las pruebas iniciales. Ahora, frente a él, dormida pero preparada, se encontraba su creación. A simple vista se asemejaba más a un frigorífico erizado de cables que a una avanzada red neural de transmisión de datos, pero sólo era un prototipo. Tiempo

habría para mejorar su aspecto; al fin y al cabo, él era ingeniero de telecomunicaciones, no diseñador.

Sonrió al contemplar su “NeveraNET” —así la había bautizado— mientras recordaba cómo se inició el proyecto. Todo comenzó cuando tenía veinte años y le encantaban las ciencias ocultas, la parapsicología y, particularmente, la Oui-Ja. Como era joven pero no estúpido, se puso en contacto con un grupo liderado por un eminente catedrático de psicología, experto en el tema, que lo primero que le dijo cuando se presentó en su despacho fue que el espiritismo era peligroso, que no le gustaba perder el tiempo con jóvenes aburridos, y que se buscara otra diversión más acorde con su edad, como salir con sus amigos o perseguir chicas. Cuando Fernando le dijo que le interesaba el ocultismo pero que no creía en los espíritus, sino que más bien pensaba que era el propio cerebro humano el que desencadenaba los fenómenos que podían observarse durante las sesiones de Oui-Ja y que él era un estudiante de ingeniería y por tanto un escéptico, el catedrático sonrió. Le dijo que ni se le ocurriera jugar con la Tabla, que era algo muy serio y peligroso, y que siguiera manteniendo su espíritu crítico. Pero le aceptó en el grupo.

En compañía del Profesor vio cosas increíbles. Pudo ver cómo un vaso era capaz de mover una máquina de escribir interpuesta en su trayectoria; pudo sentir cómo aquél parecía estar dotado de vida propia, como si se tratara de un cochecito de juguete de control remoto, teniendo su dedo que perseguirle en lugar de empujarle. Asistió aterrado a una sesión en la cual, ante un presunto “espíritu maligno” que no quiso abandonar la sala al darle la vuelta al vaso, el Profesor se vio obligado a lanzarlo contra la pared para romperlo... rebotando éste sin quebrarse, a pesar de ser de vidrio. Vio salir humo negro de ventanas de casas abandonadas en las cuales no había ningún incendio, cerrarse puertas con tanta violencia que las paredes se resquebrajaban, salir volando cajones que se estrellaban contra el suelo; tuvo que esquivar cuchillos de cocina que se clavaban en las paredes... Vio cosas increíbles, terribles, asombrosas. Pero seguía estando seguro de que eran las mentes de los asistentes las que las desencadenaban. Y fue entonces cuando concibió la idea: crearía una máquina que sustituiría el vaso por la informática, y que serviría para darle la razón: No existen los espíritus, sino una enorme, poderosa y desconocida fuerza oculta en el cerebro humano que ni conocemos ni sabemos dominar.

Tras diez años de investigaciones y duro trabajo consiguió ver culminado su sueño. Había llegado el momento de iniciar los experimentos preliminares que determinarían si su idea era válida o había tirado su juventud a la basura. Pero, para ello, necesitaba a sus antiguos compañeros. La máquina necesitaba para funcionar la energía mental de seis personas expertas. Y ¿quién mejor que el Profesor y su equipo?

Llegaron puntuales, como siempre. El Profesor estrechó su mano con fuerza, y le dijo que era un honor para él ser el primero en poner a prueba la máquina, aunque estaba convencido de que no iba a suceder nada. *La ciencia no se entiende con los espíritus y tú deberías saberlo*, dijo sonriendo.

Frente a la creación de Fernando había una mesa redonda, con un orificio rectangular en su centro en el que se acomodaba un monitor táctil TFT que mostraba una Tabla digitalizada y un cursor en forma de dedo. Si todo iba bien, el cursor se movería sobre las letras creando palabras que serían interpretadas por el software y enviadas a un sintetizador de voz. Fernando quería potenciar al máximo la concentración de los asistentes; no deseaba que se dedicaran a mirar una pantalla. El equipo se acomodó, y entrelazaron sus manos. Todo estaba listo. Con emoción, Fernando pulsó un pequeño botón situado en el centro de la pantalla táctil, que puso en marcha la máquina.

Con los ojos cerrados, el Profesor habló.

—Si estás ahí, maniféstate.

Nada sucedió.

—Hazte presente si puedes oírnos. Deseamos hablar contigo.

Los ventiladores de la CPU del ingenio se pusieron súbitamente en marcha, y el indicador de actividad del procesador saltó al cien por cien bruscamente. El corazón de Fernando dio un brinco, pero intentó serenarse; su agitación podía hacer fracasar el experimento. Y cuando había conseguido volver a respirar con normalidad, de los altavoces del equipo surgió una voz metálica, fría e impersonal.

—ESTOY AQUI.

—Te escuchamos —dijo el Profesor con gesto de asombro—. ¿Deseas hacernos daño?

—NO.

—¿Puedes vernos?

—OS OIGO PERO NO PUEDO VEROS NO SE POR QUE NO PUEDO VEROS.

—¿Cuál es tu nombre?

—NO LO RECUERDO YA HA PASADO TANTO TIEMPO DEMASIADO TIEMPO.

—No te preocupes. ¿Estás solo?

—NO NO ESTOY SOLO ME ACOMPAÑA EL SILENCIO NO SE DONDE ESTOY NO SE QUÉ HAGO AQUI NO PUEDO RECORDAR.

—Podrás recordar; te ayudaremos. No queremos causarte ningún mal, sólo escuchar tu mensaje. Háblanos.

—VEO HIERBA MUCHA HIERBA TODO ES VERDE ME CAIGO ME CAIGO HE PERDIDO EL CONTROL NADA FUNCIONA.

—Pilotabas un avión.

—NO SE QUE ES UN AVION VOLABA PERO AHORA CAIGO SOBRE LA HIERBA EL SILENCIO SE APROXIMA NO PUEDO CONTROLAR MI APARATO

—Eso ya no puede hacerte daño. Ya ha pasado —el Profesor sudaba copiosamente, mientras Fernando se encontraba en un estado próximo al éxtasis: ¿Quién de los presentes estaría imaginando tal historia?—.

—ES CIERTO AHORA TODO ESTA BIEN NO SIENTO DOLOR.

—Sigue mi voz. ¿Qué ocurrió?

—NO LO SE AQUI NO HAY NADIE SOLO ME OIGO A MI MISMO VEO LA HIERBA ESTOY SOBRE LA HIERBA FLOTO SOBRE ELLA PASA EL TIEMPO Y NO PASA NADA CREO QUE ME HE ESTRELLADO

—¿Estás viajando?

—SI.

—¿De dónde vienes?

—DE LEJOS DE MUY LEJOS DEL OTRO EXTREMO DEL UNIVERSO DE UN MUNDO HERMOSO

—¿Eras un explorador?

—SI SOY UN EXPLORADOR NO ENTIENDO POR QUE DICES QUE ERA UN EXPLORADOR

—Perdóname —El Profesor acababa de cometer un error imperdonable al usar el pasado para referirse al Ente—; estoy nervioso porque hablar contigo es algo extraordinario. ¿Estás explorando la Tierra?

—NO SABIA QUE ESTE PLANETA SE LLAMARA TIERRA Y NO ESTA HABITADO VOSOTROS NO PODEIS ESTAR AHI ESTE MUNDO NO TIENE FORMAS DE VIDA PENSANTES NO SE QUIENES SOIS

—La Tierra está habitada, y estás hablando con sus pobladores. Es un honor poder escuchar tus experiencias.

—NO NO ESTE MUNDO NO ESTA HABITADO LO COMPROBE LLEVO TANTO TIEMPO AQUI QUE YA NO RECORDABA NI MI PROPIA EXISTENCIA SOLO PUEDE HABER UNA EXPLICACION SOLO UNA EXPLICACION SOLO UNA

—Tranquilízate. Estás entre amigos y tenemos todo el tiempo del mundo para escucharte.

—A MÍ ME SOBRA EL TIEMPO MI NAVE SE HA ESTRELLADO HE CAIDO SOBRE LA HIERBA DESDE ENTONCES ME RODEA EL SILENCIO

—No pienses en el accidente. Dime, ¿puedes vernos ya?

—NO NO PUEDO VEROS OS OIGO PERO NO OS VEO TE LO DIJE ANTES

Se hizo un silencio atronador. El Profesor tardó en contestar; nunca se había enfrentado a una sesión como ésta.

—Continúa, por favor.

—NO PUEDO VEROS PORQUE ESTOY MUERTO ESTOY MUERTO DESDE HACE MUCHO TIEMPO ESTOY MUERTO AHORA LO SE TU ME LO HAS HECHO COMPRENDER

La pantalla TFT se volvió negra; todos los sistemas dejaron de funcionar y un estruendoso silencio se adueñó de la sala. El Ente se había ido. Los miembros del equipo desenlazaron sus manos. Uno se echó a llorar, otro se levantó nerviosamente de la mesa.... Tan sólo el Profesor parecía mantener la compostura, y con voz profunda se dirigió a Fernando.

—Amigo mío, eres un genio. Jamás había vivido nada parecido. Me da igual si ha sido provocada por el espíritu de un explorador extraterrestre muerto hace milenios o por mi cerebro. Ha sido maravilloso; cuenta conmigo. Mejoraremos esta máquina; la haremos perfecta. Has creado el primer teléfono directo con el reino de los muertos: de todos los muertos del Universo.

Fernando no pudo contestar. Se sentía confundido y derrotado. Quizás las manifestaciones espiritistas estaban más allá de su comprensión. Porque ¿quién habría podido imaginar una historia tan absurda?

Silencio - Tiempo

Opus

Bajo el légamo caliente, protector, del lecho marino surgió la célula. Era minúscula, por lo que pronto creció para convertirse en gusano. Este se alimentó, durante largo tiempo, de otras células que proyectaban devenir en semejantes. Sus movimientos eran penosamente lentos, torpes y dificultosos; apenas conseguía desplazarse —mediante tremendos esfuerzos— un poco más allá de su reducido círculo de nutrición asegurada. Además, las poderosas corrientes —cada vez más frecuentes y vigorosas— llegaban a sacarlo y arrastrarlo lejos de su círculo, su seguridad, dejándolo en lugares desconocidos e inhóspitos. Por ello hubo de evolucionar, por alcanzar cierto control sobre sí mismo y su medio. Desarrolló aletas y otros órganos complejíssimos que el mundo observó por vez primera. El pez que ahora cortaba las aguas arrogante siguió creciendo, devorando indefensos gusanos, germen aún vivo y espejo de su pasado reciente. Su expansión y dominio de los amplios océanos fue total, multiplicando sus formas para hacerlo efectivo y eterno.

Pero uno de ellos llegó a sentirse aburrido de todo lo que le ofrecía su imperio, y un día extraño desafió a su terror cervical, venciénolo, y atravesó con su cuerpo la delicada lámina transparente que consideraba límite y cielo. Caído sobre un nuevo mundo que le negaba la respiración, la osada criatura se retorció de dolor justo al borde de la extinción. La experiencia del dolor y la visión de la muerte supusieron la primera herida, incurable, profunda, que por siempre guardaría tras sus metamorfosis el pez-reptil que caminó por la tierra. Las escamas se secaron al contacto con el aire que era el agua de este lugar. Entre innumerables dificultades se adentró más y más en las vísceras de esta parte sólida del cielo —que a su vez poseía otro cielo, azul e inalcanzable—, y poco a poco fue olvidando su cuna subacuática, como él mismo fue olvidado en su antiguo hogar. Los territorios de su próximo imperio no descansaban bajo las aguas ni alcanzaban tan vastas proporciones, pero sus relieves y climas extremos forzaron nuevos, radicales cambios sobre las características del ser, que fue fragmentado en multiplicidad masiva de especies. Sólo así podría expandirse y abarcar su reino por dominar. Las épocas se sucedieron, el mundo se templó en el fluir del tiempo, la criatura crecía, mutaba, *conocía*...El mono, subido a la copa del árbol más alto de la jungla, se sintió en la cima de la creación. Hasta que observó algo por encima de él. Uno de sus *hermanos* había adquirido alas que le permitían surcar libremente los cielos. Fue entonces cuando el mono sufrió su segunda herida irrestañable, provocada por emociones de bautismo futuro como frustración y envidia. Su puño amenazador se agitó impotente en el aire, en dirección al pájaro de la distancia. Desde aquel día, su objetivo sería derrocar a esa criatura que le sobrevolaba, devolviéndolo a la dura tierra que tan bien conocía.

Y el puño se abrió en mano pensante, creadora instrumental. El pájaro cayó, muerto. Su cuerpo ensangrentado no sirvió de alimento. Así se fracturó en dos la unidad, convertida ahora en hermanos enfrentados perpetuamente. Nunca volvió a restablecerse la anterior armonía, la paz; y la semilla de la aniquilación quedó enterrada entre los estratos del ente cambiante. Al alba, el mono despertó Hombre. En su interior nació la mente identificativa, destinada a separar definitivamente al hermano del hermano y crear las armas, único vínculo en adelante, mediante las cuales buscaría saciar el objetivo que el mono se propuso como primer fin de su existencia. Bañado en su sangre fraterna, el hombre creció como lo hicieron sus armas, y el mundo —agua, tierra y aire— fue al fin enteramente suyo, rey imbatible de su reino desgastado. Pero la batalla no se detuvo por ello. Entonces volvió a elevar su vista

hacia los cielos libres de vida, y se prometió atravesarlos para poder mirar hacia abajo, y contemplarlos así, subyugados, como a los gusanos que horadan la tierra. La mano del hombre creó los medios y cumplió, una vez más, su promesa. Pero tras el inocente azul se encontró con algo que no esperaba: negritud y vacío de espacios infinitos, insondables, abrumadoramente superiores a su capacidad de victoria y a su insignificancia. Allí se topó con los barrotes de la jaula que nadie podría abrir. El mono-hombre alzó su puño armado hacia las estrellas, sabiendo que había sido derrotado para siempre, con el recuerdo de su condición mortal clavado en el pecho como un retorcido puñal envenado, mientras retornaba a su otrora reino glorioso, devenido en tumba de su grandeza. Esta tercera herida marcó el principio de su decadencia. Entre chillidos rabiosos de renegado masticó su derrota. Las armas cobraron vida propia, independizándose de la mano del que fuera su creador que, anulado por la desgracia, se postró de rodillas, sin control sobre el poder evolucionado de sus instrumentos de muerte. La mente que en él habitara escapó quebrada, dejando en la cavidad solamente los ecos del horror que reflectaba su propia obra. Las armas hablaron con voluntad de supremacía. La construcción del imperio artificial comenzó por arrancar sus raíces orgánicas, y el hombre que fue mono que fue reptil que fue pez que fue gusano tembló aterrado, viéndose reducido en cuestión de días a su estado de célula primordial, aquella que nació millones de años atrás. Sus últimos representantes arrastraron la carne condenada por el polvo sin memoria de jardines o palacios, antes de que los estertores fueran silenciados por un fuego de luz pura.

Reinos dispares se sucedieron sobre la superficie del planeta impertérrito en el pozo de los eones.

Hasta que el trono quedó vacío.

Y su verdadero Rey-Juez volvió para ocuparlo.

Ante su presencia, las almas dormidas entre cenizas de los últimos caídos despertaron sin creerlo. Tras el trono del Creador se abrió la esfera radiante, y todas las almas se alinearon con la ferviente esperanza de poder fundirse con ella, en la luz, viva y purificadora, de un nuevo amanecer. Pero antes habrían de mirarle a los ojos. El miedo invocado por los recuerdos espantó a muchas de la línea, aunque el encuentro fuese obvio e inevitable. No fueron pocos los que, frente a su mirada, quedaron enclaustrados en conductas animales, gritando sin razón ni esperanza, y así se hundieron en la tierra o desaparecieron como si nunca hubiesen existido. Dos de aquellas almas que siguieron caminando se hablaron con sus voces etéreas frente a la luz:

—Jamás imaginé que fuera a ser algo así.

—Yo tampoco. Pero... ¿tú que has visto exactamente?

—Te lo diré dentro. Aquí empieza a hacer frío.

Y entraron.

Secreto - Tiempo

Plenilunio

Segundo Invierno. Luna Llena. Media Noche

Un aullido rasgó la noche.

Vassar apoyó su arco sobre la ribera húmeda. Desató las cinchas de las distintas piezas de su armadura dorada y las dejó caer en la hierba. El metal tintineó, dejando tras de sí un eco agudo resonando en la quietud del bosque que observaba, en silencio. Al otro lado del río, sobre la maleza húmeda por el rocío, yacía la bestia. Ya no se movía. Vassar se subió las perneras de las calzas, se acercó a la orilla y saltó sobre la corriente.

Un escalofrío mordió sus tobillos como una mandíbula de fuego helado, extendiéndose por sus venas hasta escarchar el corazón que dejó de latir, por un instante. Vassar exhaló una vaharada gélida, que flotó en una espiral azulada bajo la luz del plenilunio. Avanzaba lentamente. Sus pies resbalaban contra el légamo que cubría el irregular lecho del río y la corriente lo empujaba con fuerza, amenazando con tumbarlo. El agua le cubrió hasta las rodillas, luego a la cintura, luego bajo el pecho y luego bajó a la cintura de nuevo. Ya restaban tan sólo unos pasos.

Se derrumbó sobre la hierba y hojarasca y sus músculos comenzaron a temblar en espasmos violentos. Ni un susurro ascendía por su garganta. No podía gritar. Al fin, logró serenarse, aunque estallidos de dolor aún azotaban su cuerpo. Se levantó, trastabilló, cayendo de espaldas, y volvió a levantarse. La bestia lo miraba sin pestañear. Aún respiraba...

Sus ojos bulbosos asomaban entre el pelaje azulado con un fulgor lechoso. Su largo hocico dejaba entrever afilados colmillos, sables de marfil, emergiendo de sus poderosas quijadas. Pero no había odio en su rostro. Vassar no lo comprendía. Se miraron a los ojos y el viento dejó de agitar las voces arbóreas del bosque. De pronto, se percató de que algo se movía en la bestia. En su vientre. Algo golpeaba la carne peluda, combándola hacia fuera. La mano de Vassar dejó atrás su cintura y sus dedos aferraron el cuero de una empuñadura a su espalda. La hoja del puñal abandonó la vaina sin un sonido.

Primer Invierno. Luna nueva. Atardecer.

Aleyra le sonrió a la bélide, mientras asía su fino tallo entre el índice y el pulgar. El satén encarnado de su vestido relucía en el atardecer, compitiendo con los sangrientos jirones del crepúsculo visibles a través del tupido ramaje de los cipreses. Aleyra suspiró, soltó la bella flor y se dejó caer sobre la hierba, derramando su melena escarlata a los pies del hermoso y anciano titán vegetal que amaba desde niña. Palpó la corteza de su tronco desde el suelo. Estaba cálido, como los senos de su tía cuando la estrujaba no hacía mucho tiempo. Aleyra le sonrió al tronco. Sólo faltaban dos lunas llenas y yacería con él... Sus diecisiete primaveras desfloradas en un instante de fogosa pasión masculina. El olor y el sabor de su pecho sudoroso y velludo... Aleyra estalló en carcajadas y fue como si mil cristales inocentes cantaran, en su tintineo, la alegría. Yacería con él y su nombre sería "reina". Para siempre.

El día estaba muriendo. Amaba aquella hora, cuando los haces solares se volvían visibles y anchos, derramando sombras espigadas y espesas sobre la hierba. Cerró los ojos, sin dejar de apuntar su mirada al oeste, dejando que el resplandor mortecino iluminara de rojo la oscuridad de sus párpados sellados. El aura bermeja murió súbitamente, como si, de pronto, el sol se hubiera desangrado.

Cuando Aleyra abrió los ojos, la bestia estaba allí.

Segundo Invierno. Luna Llena. Atardecer.

Los vitrales crujieron escarchados bajo el cuero de las suelas. Visos y reflejos titilaban sobre el arco iris de esquirlas que tupían el parqué caoba de la alcoba real. Vacía... Vassar contempló el cuarto en silencio, mientras, sin atreverse a traspasar el arco dorado que guardaba la intimidad de los reyes, el paje que le comunicó la noticia aguardaba, su túnica de lino blanco reflejando el suave resplandor anaranjado de los trípodes ardientes.

Vassar comenzó a caminar lentamente, en círculos, como un sabueso husmeando el rastro. Abrió cajones y palpó los anaqueles; recorrió las cortinas de muselina que protegían el lecho real de miradas plebeyas; revolvió las sábanas de seda azul y se llevó su suave tejido al rostro. Aún estaba ahí, vestigios de su perfume.

Y entonces, tumbado sobre la cama que tantas noches de placer y caricias le había procurado, Vassar, regente de los siete tronos de amatista, dueño de todo el continente de Aquilla, desde los marjales de chalma roja a los rompientes y arrecifes del mar oscuro y esposo de la mujer más bella que jamás hubiera nacido, Aleyra, la de melena ígnea, rompió a llorar, incontenible. Mas un fuego incendió sus mejillas en dos bermejos óvalos y sus lágrimas se secaron en un instante. Se acercó al vano del vitral destrozado y tomó en su puño un mechón de pelaje azulado que reposaba sobre la madera, la única huella del captor de su amada, de su seguro asesino. Era suficiente para Vassar.

La bestia aguardaba en el bosque y él tejería un collar con sus entrañas.

Primavera. Media Luna. Madrugada.

Las horas volaban sobre la alcoba, húmedas y sudorosas. Aleyra arqueó su cuerpo, dejando que sus pezones duros y ardientes apuntaran hacia el dosel de terciopelo que cubría su lecho nupcial. Las manos del rey, su rey, estrujaron con fuerza sus nalgas. El calor se derramó bajo su vientre, extendiéndose como la lava de un volcán por su cuerpo desnudo, electrizando su piel en oleadas puras de placer. Aleyra gritó una sola vez y su grito vibró en los vitrales que festoneaban las frías paredes de piedra, iluminadas por la difusa distorsión arco iris de la luz lunar.

Pero, a pesar de las caricias y los besos, a pesar de los forcejeos, de los tirones y apretones, de los jadeos entrecortados y las lenguas buscando el calor, la mente de Aleyra permanecía fría como los muros del castillo y ni una sola vez las manos del rey palparon su marca: las dos cicatrices ovaladas que mancillaban su nuca, ocultas tras el velo escarlata de su melena.

Aleyra suspiró de terror, mientras el amor duro de su esposo y rey seguía penetrando su cuerpo; suspiró y cerró los ojos, formulando un deseo en silencio: «que la noche acabe pronto».

Segundo invierno. Luna llena. Medianoche.

La hoja abandonó la vaina sin un sonido. Aferrando el puñal entre sus dedos, Vassar avanzó hacia la bestia que, entre jadeos entrecortados e intermitentes, aún respiraba. La palpación que agitaba su vientre había remitido en su violencia, mas todavía combaba el abdomen monstruoso hacia fuera, pugnando por atravesarlo.

Vassar se detuvo y se arrodilló a los pies del engendro. Los ojos bulbosos y brillantes seguían clavados en él, pero el fulgor lechoso se desvanecía. El icor dorado que corría por sus venas empapaba el pelaje azulado de su cuello, allí donde la saeta lo había atravesado limpiamente, sin hincarse entre la carne. Vassar sintió una punzada de lástima por la bestia

caída, dejando que su mano libre acariciara débilmente el pelaje del animal. Y entonces recordó la piel tersa de su amor, Aleyra, su melena escarlata reluciendo en el crepúsculo. Apretó las mandíbulas.

La hoja curvada penetró el vientre con facilidad, como si estuviera hundiéndose en melaza. La bestia no exclamó ni un quejido. Un borbotón brillante de sangre áurea se derramó sobre la hierba, resplandeciendo en el claro de luna que iluminaba el margen del río. Vassar dejó caer el cuchillo, se humedeció los labios y hundió ambas manos en las entrañas de la bestia. Algo se movía en su interior. Sus dedos palparon carne tibia, suave, y el vacilante pulso de un corazón débil y menudo. Agarrando con delicadeza el torso del desconocido ser, Vassar encogió sus antebrazos, tirando hacia él, emergiendo de la bestia con una pátina dorada que le cubría hasta los codos. Alzándolo hacia el resplandor lunar, pudo contemplar qué era aquella criatura que anidaba en las entrañas monstruosas. Sus brazos se aflojaron. Su boca se abrió en un chillido mudo.

Iluminado por la luz plateada, el cuerpo húmedo y rechoncho de un bebé, de un niño, lucía sonrosado frente al rostro desencajado de Vassar. Colgando de su ombligo, un grueso cordón umbilical caía sobre la hierba encharcada en oro líquido, perdiéndose en el interior de la herida que desparramaba las entrañas de la bestia. Aún boquiabierto, Vassar acercó el cálido cuerpecillo a su pecho, con la mirada perdida más allá de la luna, que lucía como un ojo ciego en la quietud de la foresta. Se dio la vuelta, percibiendo un olor suave y conocido, un perfume mezcla de jazmín y piel desnuda. Y entonces vio lo imposible.

De los labios de su amada moribunda no salió ni un suspiro. Pero, en silencio, dibujaron tres palabras: “*Lo siento. Cuidalo.*”

Secreto - Sexo

Por unos versos incomprensidos

Sólo la pluma susurrando. El silencio nocturno dominaba todo mientras el alba perezosa parecía despertar en Londres entre grises nubes de invierno. El ático estaba prácticamente vacío. Por no haber, no había ni tabiques. Todo el lugar consistía en un suelo de madera oscura y una esquina tapiada que guardaba el lavabo... o a lo que los ingleses llamaban lavabo en 1815. Las paredes debieron estar pintadas otrora de un azul que ahora costaba distinguir entre las humedades. El techo era parte del tejado del edificio y caía conforme se alejaba de la puerta. En la pared más alejada de la puerta había un ventanal que daba a la calle, a lo lejos se podía divisar un trocito del Támesis. En la extraña habitación sólo había dos muebles. Un escritorio antiguo y desvencijado sobre el que Tom se afanaba, rasgueando con su pluma el silencio matutino. El otro era un rubí entre guijarros. Una cama, una cama

digna de un rey. La almohada parecía hecha de nubes, el colchón, de puro aire. Mantas importadas de la India, lanas de Escocia, sedas, raso, satén, miles de colores engarzando las borlas de la colcha. Y en medio de todo el lujo; ella. Ella, de piel blanca perfecta, porcelana sin mácula. Ella, de pechos pequeños y redondos apretados contra el colchón. Ella, de pelo rojo rizado, de enortijados hilos de sangre deslizándose por su espalda. Ella, dormida, perdida entre mares de rojo y verde, entre las carísimas mantas. Ella, inocente, desnuda, impoluta, intocable, acurrucada en aquella cama que parecía brillar.

Tom sólo llevaba puestos los calzones. La ropa de los dos estaba tirada entre la puerta y la cama, donde se la habían arrancado el uno al otro. El vestido sencillo de ella, el chaquetón de él, la ropa interior descolorida de ella, los pantalones y las botas de cuero de él... Hacía frío, la mañana de invierno no llamaba precisamente a escribir medio desnudo en un húmedo ático. Pero una fuerza nueva quemaba las entrañas de Tom y no le permitía levantarse del viejo escritorio. La musa, la inspiración, su Erato calentándole la sangre. Sólo paraba para cerrar y abrir el puño cuando el frío y el cansancio aterían sus dedos.

“Estos versos son buenos, son muy buenos, lo mejor que he escrito nunca. Ya verán, sí sí sí... *mientras no nos toque la muerte, amor...* Se los enseñaré a Southy, creo que tenemos algo en común sí sí... *miles de luces nos mojarán sigilosas...* aunque no me considero lakista, no me interesan las flores, no sé... *y suspiraremos entre las sombras...* quizás se los debería mandar a Lord Byron. Ese grupo es muy voluble, pero más afines, son mi estilo, sí, ellos son la mejor opción, sí sí sí... *más allá de susurros, de odios, más allá del mundo...* aún así iré a una de las conferencias de Coleridge, sí sí, hay mucho que aprender. Pero esto es bueno, muy bueno.”

Una rima comenzó a sonar en su mente. De repente, en uno de los minúsculos descansos de Tom, un rayo de sol se coló entre las nubes y cayó sobre Londres, como marcando el inicio oficial del día. Durante apenas cinco segundos esa luz entró a raudales por la ventana y cayó sobre la cama. Tom se quedó totalmente ensimismado.

“Es perfecta”

El ritmo comenzó a vibrar dentro de él. Casi pudo ver las partículas de luz, despacio, posándose sobre su piel desnuda. El raso rojo brilló bajo la luz del sol y toda la habitación pareció teñirse del color del pelo de ella.

“La necesito”

El rayo murió tan rápido como había aparecido y la habitación volvió a estar iluminada sólo por la gris luz del invierno. Tom miró al folio y sintió como necesitaba escribir lo que crecía en su cabeza al mirarla. Los versos fluían, salían de su mano con el simple recuerdo de su cuello, con el olor femenino que aún se mantenía en su propia piel. Todo funcionaba, todo era lírica, cuando Londres despertó.

—¡Lechugas! ¡Frescas verduras de Kent! ¡Tomates grandes como puños!

El Borough Market había empezado, las verduleras ya alzaban sus voces al viento.

“Dios, Southwark es lo peor por las mañanas. Es salir de la City y ya se escuchan los gritos de las viejas”

Ella se despertó. Abrió los ojos y se desperezó un poco estirando los brazos sin darse la vuelta. Se apoyó sobre los codos y se quedó mirando a Tom, con una mirada pícaro en los ojos.

—Ann duerme un poco más. Aún es pronto.

—Como ordenéis sir Thomas- dijo entre risitas.

Se dio la vuelta y cerró los ojos. Tom se excitó al ver sus pechos, ateridos por el frío. Se intentó contener, aún tenía cosas que escribir. Ann, Ann Ann. Era su vicio irracional. Sí, era hermosa, pero había muchas chicas hermosas, su mujer también lo era. No, Ann era especial.

Martha sabía donde pasaba aquellas noches y sólo las niñas preguntaban dónde había estado cuando volvía a su casa en Holborn. Si su mujer no decía nada era porque volvía con folios llenos de poemas bajo el brazo, sus sueños escritos a pluma. Tantos años estudiando, tantos años dejándose la piel en el Lincoln's Inn, tener una buena casa, una buena mujer, unas hijas... y al final lo único que necesitaba el pobre Tom era a Ann.

“Bien, ya está, acabé el poema”

Secó la pluma y guardó los folios. Alzó la mirada, la volvió a ver tan perfecta. Como podía necesitar tanto a aquella chica pobretona, hija de un panadero de Smithfield que no tenía ni donde caerse muerto. Sólo había que verla, con aquella ropa desgastada, vieja, seguramente de segunda mano. Sir Thomas Seacole, brillante abogado, reducido a una aventura que ni quería, condenado a soportar la una tensa vergüenza en su casa. Joder, de verdad quería a su mujer. Y todo por los poemas. Por hacerle el amor a esa chica de rizos endemoniados y escribir para ella los versos más hermosos. Versos que ella jamás entendería, por supuesto, no sabía ni leer ni escribir, incapaz de comprender la única razón por la que él estaba con ella.

Tom se levantó silencioso decidido a irse sin despertarla. Pero la silla era vieja y crujió quejumbrosa al levantarse. Ann se despertó de nuevo, se giró y lo miró, con esa carita de niña salpicada de pecas, viajeras en peregrinación a sus ojos azules. A Tom se le erizó el pelo, estaba preciosa. Ella se levantó y fue hasta él, paseando su cuerpo desnudo. Él sintió como su cuerpo lo llamaba, como su mente reclamaba más inspiración, como todo él quería tomarla, excepto la razón.

“Ya he escrito suficiente, ya acabé, tengo que ir a casa, ver a Martha, a las niñas, tengo que irme”

Ann se puso detrás de él y empezó a besarle el cuello. Le pasó las manos por todo el cuerpo y le susurró lo que quería hacerle.

“No, no, no, no la quieres, ya tomaste lo que querías, vete, vete”

Pero se quedó. Perdido todo juicio la cogió en brazos, la tiró en la cama y se perdió en aquella piel tersa, en la dulzura de sus pechos y el misterio de su sexo. Durante un rato, no fueron los gritos de las verduleras lo que se escuchó en el ático.

Tom despertó despacio, suave, como si Morfeo le hubiera acompañado de la mano hasta el límite de su reino. Alejó la mano con los ojos cerrados, pero sus dedos sólo asieron las sábanas. Abrió los ojos y sintió ese mareo que siempre le acuciaba cuando se acostaba con Ann. Nubes grises que se convertían en elegías flotantes, paredes descoloridas en las que se pintaban odas a la soledad. Borrachera de inspiración.

Esta vez era Ann la que estaba sentada frente al escritorio. Era ella ahora la que tenía en frente los folios, mirando sin ver los poemas que Tom había escrito admirándola. El frío por fin la había afectado y llevaba encima una de las mantas. Fue ahora él el que desnudo se puso detrás de ella a besarle el cuello.

—Ann, déjame la silla, tengo que escribir un poco más.

—Tom, no entiendo nada de esto. Siempre estás escribiendo. ¿Por qué no me lees algo? Quiero aprenderme uno de tus poemas.

Tom sonrió melancólico. Cogió uno de los folios, dispuesto a leerle algo. La olió y se sintió extasiado. Pasó la mano por el pelo que tan bien conocía. No tenía que leer nada, ella era su poema. Apoyó su cabeza encima de su hombro y dejó surgir las palabras:

*Y me pides que te lea,
que descifre estos enigmas,
que recite jeroglíficos,
pues para ti son jeroglíficos.
Que se formen en mis labios,
vivos un segundo en mi boca,
inmortales bajo mi pluma.
Que desempolve el verso,
que no debería encontrar,
el maldito y soñado tesoro,
que guardas bajo tu piel.*

—Es hermoso Tom
—Sí Ann, casi tan hermoso como tú.

Jeroglífico - Sexo

Tampoco este año

Lo peor de la soledad no es el vacío de tus seres queridos, Adolfo. Ni siquiera la tristeza que flota en tu vivienda sombría. Lo terrible viene cuando un día descubres que tu propia casa se ha transformado en una terrible cárcel sin escapatoria. No importa el empeño que dediques a la huida ni las fuerzas que emplees en dicha tarea. Estás jodido, viejo y nadie vendrá a rescatarte. Tu tiempo se agota.

— Héctor, es hora de dormir.
— Papá, cuéntame un cuento, por favor...
— Otro día. Apaga la tele antes de dormirte, siempre la dejas encendida.
— El abuelo me contaba cuentos. Me gustaba dormirme con ellos...
— Cierra los ojos y piensa en lo de mañana. Por fin lo vas a ver.
— Sí papá. Hace tanto que espero este día...

Mírate Adolfo. Toda una vida volcado en los tuyos hasta que, en plena vejez, te alcancé con mis garras inmisericordes. Y destrocé tu vida. Obsérvate: ni siquiera puedes abandonar el salón de tu casa. Te limitas a temblar en una esquina con tu cadera quebrada y asfixiado por el hedor a orines y heces resacas mientras te aferras a ese paquete, forrado con periódico mugriento, que guardas desde hace años como tu más preciado tesoro. ¿Qué más puedes intentar? Sí, hablo contigo, viejo chalado. Tu tentativa de huir por la ventana se vio

condenada al fracaso cuando las persianas cayeron para sellar tu escapatoria. ¿Eso es lo que viste, verdad? Todavía recuerdo la mueca de impotencia en tu rostro.

Cuando intentaste gritar pidiendo ayuda, tu voz aún no se quebraba con el balbuceo de esa boca desdentada. Ningún vecino escuchó tus gritos. Todo resultó inútil mientras se añadían nuevas experiencias a tu catálogo personal de horrores. ¿Recuerdas aquellos ruidos de patas furtivas que recorrían las paredes de arriba abajo? Tus puños nudosos golpeaban con debilidad en los tabiques para terminar con aquella tortura, dejando pequeños desconchones y los nudillos en carne viva.

Me provocó hilaridad tu insistencia con el teléfono. Marcabas los números casi a ciegas, en la penumbra de tu propia miseria. La misma que propició los cortes de luz y agua. Las velas consumidas que empleaste apenas alumbraron los pequeños números del teléfono mientras tus ojos, cegados por las cataratas, eran incapaces de distinguir nada sin unas gafas bien graduadas. Sí, como las que se rompieron al estrellarse con la pared. Primero te quité las de lejos y más tarde estallé los cristales de tus gafas de cerca. ¿Escuchaste el chasquido de los vidrios rotos? ¿Te acuerdas de cómo se clavaron en tus pies, torpes y descalzos?

En cada llamada era mi voz la que respondía. No importaba el número, ni siquiera la localidad o la hora del día. Ahí estaba yo para recordarte que tu tiempo se agotaba en su avance inexorable, viejo tonto. Ya no existe para ti otra esperanza de ayuda. Ni la policía, ni los bomberos, ni Servicios Sociales y por supuesto esa familia tuya de la que tanto presumiste en el pasado y que ahora te abandona a tu suerte. No llegarán. Tampoco este año.

Me he dado cuenta de cómo miras su fotografía, enmarcada con el cristal roto, que se yergue sobre la cómoda polvorienta. El furor de las tijeras destrozó hace tiempo sus caras y, sin embargo, tú insistes en buscar su referencia. Sólo una imagen conserva el rostro intacto. Aquel niño que no me dejaste desfigurar por algún motivo que sólo tú conoces. Ese niño, Héctor, tu nieto. ¿Cómo será ahora? ¿Crees que aún te recuerda?

Si algo hay que reconocerte, viejo, es tu capacidad para guardar un secreto. Después de una semana sin probar alimentos de tu apagado frigorífico donde apenas quedan restos de comida putrefacta, guardas un atisbo de entereza que me conmueve. De no ser por tu tenacidad, mi influencia hubiese borrado por completo los últimos retazos de cordura que aún persisten en algún rincón de tu cerebro. Unos posos endurecidos y secos a los que se aferran tus postreros recuerdos de esperanza. Ese lugar minúsculo donde la imagen de Héctor se transforma en tu último y desesperado anhelo.

Enséñame ya ese paquete, viejo. Hazlo y me marcharé pronto para entrar en otro cerebro como el tuyo. De lo contrario, sólo tendré que esperar, un poco más...

— *¿Podré verle de cerca? ¿Me regalará algo?*

— *Claro que sí. Estamos en Navidad.*

— *¡Jo, qué pasada! Si me da la camiseta mis amigos se morirán de envidia.*

— *Por lo menos cuenta con el autógrafo, lo demás es cuestión de suerte.*

— *¡Qué bien, seguro que nos podemos sacar una foto con él después del partido! ¿Verdad papá?*

— *Si nos dejan estar en el túnel de vestuarios no habrá problema. Tápate bien y buenas noches. Quizá otro día te lea un cuento.*

— *Buenas noches papá.*

Las manecillas del reloj volaron sobre su esfera, empujando a los días y las noches sin que nada cambiase su curso. Así acabó tu historia; pero antes de despedirme, te aclararé una cosa, Adolfo. Hay algo mucho peor que vivir prisionero de la soledad y el olvido. Créeme.

Nadie te echaba de menos cuando los bomberos derribaron tu puerta. Tu vecina les avisó porque le molestaba el olor que se filtraba a la escalera. No le importas al mundo, viejo. Formas parte del triste reino de los olvidados. Aquellos a los que no se espera y de los que nada se espera. Uno más. Tan terrible y triste que tu muerte pasó desapercibida simplemente porque nadie pensó en ti. Tus días finalizaron en la amarga compañía de la locura y la desesperación.

Y al final descubrí tu secreto, viejo. El tiempo acabó revelando lo que escondías con tanto celo entre tus brazos. Te encontraron con lágrimas reseca en tus mejillas, abrazado a un libro de cuentos infantiles que no pudiste regalar a Héctor porque, tampoco este año, vinieron a visitarte...

Tiempo - Secreto

Te toca a ti

Vi entrar al anciano desde la trastienda. Desde el primer momento supe que buscaba un arma, no me pregunten por qué. Quizá algo en su mirada, en su forma de recorrer la tienda arrastrando los pies y acariciando objetos al azar, en su sonrisa. No podría precisar, tendrán que confiar en mi palabra, pero supe que había entrado aquella mañana de otoño en mi tienda para comprar un arma. Y aquella certeza hizo que se me encogiera el estómago, pues nunca puedes saber qué es lo que va a hacer un hombre que alberga esa necesidad.

Recuerdo que en aquel momento yo estaba conectado a la red, descargando variaciones electrónicas sobre olvidadas composiciones clásicas. Material legal, claro, nadie se atrevería a usar la conexión de su trabajo para bucear en lugares prohibidos. Las limitaciones impuestas por el gobierno en la red, que muchos nos habíamos tomado a broma durante los primeros años, ahora las respetábamos sin cuestionarlas. Todos conocíamos a alguien, un familiar, un amigo, un conocido, que había acabado en la cárcel por algo que, diez años atrás, había sido declarado legal. Malos tiempos para la lírica, como solía decir un viejo amigo. En fin, dejando a un lado las divagaciones, el caso es que desconecté y salí de la trastienda dispuesto a hablar con aquel hombre, y justo en ese instante entró otro cliente.

—Buenos días —dijo el recién llegado, un japo que aparentaba mil años de edad y caminaba apoyado en un bastón.

El anciano —el otro anciano, el que buscaba un arma— se sobresaltó, pero respondió al saludo con una inclinación de cabeza. Yo hice lo mismo, y lo acompañé con una sonrisa y con mis manos extendidas sobre la repisa, junto al terminal de venta. Durante varios minutos los ancianos danzaron entre vitrinas de plástico transparente, asintiendo en ocasiones,

sonriendo en otras. El japo llamó mi atención y me indicó con un gesto de su bastón que quería una de las figuras de piedra negra que representaban a Buda. Abrí la vitrina con mi tarjeta y cogí con ambas manos la figura. Pesaba como un muerto, como la posible víctima del otro anciano. No me lo podía quitar de la cabeza. ¿Cuál era el secreto que ese anciano ocultaba? Dejé el objeto sobre la repisa, busqué su botón de encendido. El japo sonrió y movió la cabeza arriba y abajo cuando el Buda abandonó su posición reflexiva y se incorporó, bailando al ritmo de una música que surgía de su oronda barriga.

—Conexión sin cables, descarga legal de música y nuevos patrones de movimiento a través de la red —recité sin pensar.

—¿Autonomía? —preguntó el japo mientras el Buda caminaba por la repisa, se sentaba en el suelo y se cruzaba de brazos.

El anciano asesino nos miraba de reojo, expectante. Ya no albergaba duda alguna: Estaba deseando que despachara al cliente y pasara con él a la trastienda.

—Cuarenta y ocho horas de actividad antes de necesitar una recarga —dije.

—Me lo llevo.

El japo salió de la tienda tras despedirse con una reverencia. Me abstuve de imitarle, ahora sólo podía pensar en mi otro cliente.

—Hola —dijo, acercándose hasta donde me encontraba—. Necesito un arma.

Magnífico, me dije. Tus dotes de observación siguen siendo excelentes.

Claro está, le vendí un arma, una hermosa automática negra, y una caja de munición.

En realidad no sé exactamente qué ocurrió, no creo que nadie lo sepa. Ellos siempre habían sido muy reservados. Educados, eso sí, pero reservados. Somos, bueno, éramos vecinos desde hace más de quince años y no recuerdo haber cruzado con ellos más de cien palabras. Buenos días, buenas tardes, buenas noches. Nada más. Sé que muchos en el edificio me consideran una anciana chismosa, pero no es verdad. Sólo hablo de cosas que todo el mundo sabe, no manejo información especial. Sólo la comparto.

En fin, lo único que sé es que oí un disparo. No, no me mire con esa cara, a mi edad sé diferenciar el sonido que procede de un arma de un petardo o un cohete de feria. Este barrio no ha sido siempre un lugar seguro, antes asustaba caminar por las calles cuando anochece. Sí, mucha democracia y esos rollos, pero no es hasta ahora, con la mano férrea del Mando, que yo he encontrado tranquilidad. A mi edad poco importan algunos de esos derechos básicos por los que abogan los jóvenes. Me queda poco tiempo, y quiero vivirlo lo mejor posible.

A lo que iba. Oí un disparo, y después otro más, y otro. Recuerdo que me santigüé. José acaba de matar a su mujer, me dije. Lo cierto es que ese hombre se comportaba de forma extraña últimamente. Me esquivaba más de lo habitual, como si ocultara algo. Sé lo que me digo. Algo raro se traía entre manos. Por eso, en cuanto oí los disparos, supe que había matado a su mujer.

Sí, lo sé, los agentes no han encontrado nada, el piso está vacío y están buscando a la pareja. Sospechan algo, claro, algo turbio, pero no se lo van a decir a una pobre anciana, lo entiendo.

No se preocupe.

Ya me enteraré.

La mujer despierta con un jadeo, abre los ojos. Está envuelta en una sustancia gelatinosa que se adhiere a su piel como melaza. Tose, trata de incorporarse, pero una mano apoyada en su pecho la detiene.

—Tranquila, todo va bien —dice una voz, y reconoce al instante a su propietario.

José, su amor de toda la vida, su marido. Le ve inclinado sobre ella, el rostro anciano un desierto cuarteado, sonriendo. Ella tose, se lleva una mano a la boca. Se sorprende cuando ve el dorso de su mano, la piel tersa y joven. Ahoga un grito.

—Tranquila, cariño, tranquila. Eres tú, sólo que más joven. Te dije que los nanotanques funcionarían. Han trabajado durante seis años en un clon de tu cuerpo, un clon de veinte años de edad. Has derrotado al tiempo, has vuelto a nacer.

Ella se incorpora, queda sentada en el interior del tanque. José está llorando, ella también.

—¿Cómo... cómo...? —dice, arrasada por sentimientos contradictorios.

—Lo hice por ti, cariño. Compré los nanotanques hace ya diez años, y desde entonces he estado trabajando en secreto. Crecimiento acelerado, nanotecnología, manipulación genética... He empleado todos mis conocimientos. Te quiero cariño.

Ella jadea, llora. Con ayuda de José sale del tanque y camina hasta un espejo. Ve su cuerpo desnudo, brillante por la sustancia que recubre su piel, y tiembla y se le doblan las piernas y José la sostiene por la cintura para que no caiga.

—¿No es hermoso? —dice él, y ella asiente y no puede parar de llorar.

Deja que él la cubra con un albornoz y la lleve hasta una silla de plástico blanco. Se sienta frente a él, frente a su cuerpo marchito surcado de arrugas. Duda.

—Sé lo que estás pensando, cariño —dice José, caminando hacia el otro extremo de la habitación.

Ella no ha mirado en esa dirección. Bajo una sábana negra descansa un bulto. José alza la sábana y ella se ve a sí misma, sesenta años más vieja, muerta, con el rostro descompuesto.

—Te disparé al pecho, tres veces —dice José, volviendo hacia el lugar donde ella espera sentada, horrorizada—. Fue rápido, muy rápido. Es importante no disparar a la cabeza, pues necesitamos el cerebro para replicarlo y volcarlo en el nuevo recipiente.

José coge una silla y se sienta frente a ella. Hay tristeza en su mirada, pero también amor, y esperanza.

—Sé lo que estás pensando. ¿Era necesario este asesinato? Me temo que sí, cariño. He preparado nuevas identidades para nosotros, pero para ello es necesario que las anteriores desaparezcan. Nadie se preocupará por dos ancianos tiroteados, sus cadáveres abandonados en la cuneta. Ya lo sabes, ahora sólo importan los jóvenes.

José señala el nanotanque situado al lado del de ella, ahora vacío, en cuyo interior descansa el cuerpo desnudo de un hombre joven, fuerte. Sin más preámbulos le tiende a ella una pistola automática, negra, y sonrío.

—Te explicaré los detalles, es más sencillo de lo que parece.

—Yo... no sé si...

—No te preocupes, podrás —dice José, desabrochándose la camisa—. Cariño, ahora te toca a ti.

Secreto - Tiempo

Una nota misteriosa

Aquella desapacible mañana de enero de 1889, regresábamos Sherlock Holmes y yo al 221B de Baker Street, cuando al entrar en nuestro apartamento, el detective detuvo de forma brusca mis pasos. A punto estuve de pisar una hoja de papel tirada en el suelo. Holmes la rodeó con sigilo, valorándola desde la distancia, y finalmente se agachó a recogerla.

Tras dejar ambos sombreros y abrigos en el perchero, mi intrigado amigo desdobló y escrutó la nota, desplazando sus penetrantes ojos grises de un lado a otro, frunciendo el ceño.

—¿Qué opina, Watson? —preguntó segundos después, tendiendo el papel hacia mí.

Tomé aquella cuartilla de color gris y observé una garabateada secuencia de cifras, letras y símbolos, que desde luego, a primera vista, me parecía incomprensible. Aquel jeroglífico contenía números expresados en grados, minutos y segundos; palabras ininteligibles, cantidades fraccionadas y extrañas figuras entre las que únicamente pude reconocer fuegos y relojes.

—¡Que me arrojen al Támesis si lo entiendo! —protesté.

Holmes sonrió, compadeciéndose de mi ignorancia, y procedió entonces a examinar la misteriosa nota con su exhaustivo ritual. Primero tomó su lupa de aumento para estudiar los márgenes en busca de posibles huellas dactilares, después colocó un espejo con el fin de comprobar si el reflejo adquiriría algún significado, y para terminar, se acercó a la ventana y observó los detalles del papel al trasluz. Incluso llegó a olfatear la hoja con su aguileña nariz.

—Mi querido amigo —comenzó a explicar con el tono solemne que tan bien conozco tras años de resolver casos juntos—, convendrá conmigo en que, a juzgar por lo irregular del trazado, lo debió escribir alguien de forma urgente. Una letra tan mala sólo puede achacarse a las prisas. O eso, o poseer la nefasta caligrafía de un doctor en Medicina —ironizó.

Tan mordaz comentario era un dardo envenenado hacia mi habitual paciencia, pero puesto que estoy curado de espanto respecto al peculiar sentido del humor de Holmes, fingí no darme por aludido. Eso sí, de buena gana hubiera mencionado qué tipo de letra tendría él cuando se encontrara bajo los efectos de una de esas inyecciones suyas.

—Sin duda —prosiguió el detective—, los rasgos de la escritura revelan que ésta es claramente femenina. Por tanto, no es descabellado concluir que una dama acudió esta mañana a visitarnos en busca de ayuda y, en nuestra ausencia, decidió escribir esta nota e introducirla bajo la puerta para que la encontrásemos al regresar, tal como ha sucedido.

—Suenan bastante probable —admití—. De todas formas, que la autora sea una mujer simplemente descarta a la mitad de la población londinense. Todavía quedan dos millones y medio de féminas en nuestra ciudad, aunque a usted eso nunca le haya motivado demasiado.

Holmes me miró de soslayo.

—Watson, su insinuación de misoginia me ofende. Sabe perfectamente que nunca he subestimado la capacidad femenina, incluso para cometer delitos.

En eso tenía razón. En varias ocasiones los crímenes más atroces fueron cometidos por manos delicadas. Recordé con escalofrío los espeluznantes casos de *La viuda reincidente* y *La costurera caníbal*.

—Sin embargo, no es el tema que nos ocupa —centró el detective la conversación—. La dama que escribió esta nota necesita ayuda.

—Pues la está pidiendo de una forma bastante confusa. ¿Por qué mandarnos un acertijo, Holmes?

—Ah, Watson, es evidente que el mensaje secreto que oculta este jeroglífico está cifrado para evitar que cualquiera pueda desentrañarlo. Sabe que una información comprometida en manos criminales podría acarrear fatales consecuencias. Nuestra visitante la ha traído hasta aquí, confiando obviamente en mi famosa capacidad de observación y deducción. Si este asunto lo merece, mi querido amigo, después podrá contarle en esas crónicas que usted escribe.

—Pues ya me dirá cómo vamos a ayudar a la dama en cuestión si no sabemos ni quién es ni qué nos está pidiendo —alegué encogiéndome de hombros.

El detective agarró entonces la pipa de la chimenea, la rellenoó con tabaco de la petaca y la prendió para, a continuación, pasear en círculos por la habitación, con el rostro contraído y envuelto en unas bocanadas de humo que reflejaban la actividad de su analítico cerebro.

Llegados a ese punto, yo me limité a dejarme caer en la butaca y a hojear el *Times*, respetando en silencio la concentración de Sherlock Holmes. Cuando el detective se enfrascaba en sus pensamientos y suposiciones, lo mejor era mantenerse en un discreto segundo plano hasta que él decidiese que era el momento de retomar la conversación.

—Veamos —dijo Holmes al cabo de varios minutos, entregándome la nota y cogiendo un voluminoso tratado de su biblioteca—. Centrémonos primero en los dígitos. Considerando las cifras expresadas en grados, y valorando las posibles combinaciones, la agrupación más significativa es $51^{\circ} 30'$ y $0^{\circ} 8'$, unas coordenadas geográficas de latitud y longitud que si no me equivoco corresponden aproximadamente, ¡aja, esta enciclopedia lo confirma!, a la localización del Palacio de Westminster, aquí en Londres. Y observará que si algún símbolo destaca de manera indiscutible por su tamaño y su frecuencia en este enigma es el del reloj. Se repite hasta en cuatro ocasiones. ¿Me sigue, Watson?

Asentí.

—¿Qué le sugiere entonces Westminster y 4 relojes?

—¡El Big Ben! —exclamé.

—Exacto. Esta nota no nos está indicando un reloj cualquiera, sino *el* reloj. Fíjese además en la última anotación, al final de la hoja.

—¿La 1.30? ¿Quizá la mujer nos esté citando en el Big Ben para reunirnos con ella a la 1.30? —insinué en un intento de aplicar el método deductivo de mi amigo.

—No, no lo creo. —Holmes desechó mi idea a la vez que la ceniza de su pipa—. Sospecho que los restantes e ilegibles elementos, acompañados de lo que parecen sus correspondientes cantidades, son clave para completar el significado del mensaje cifrado. Es evidente que forman...

—¡Una lista de objetos robados! —interrumpí, poniéndome en pie.

La expresión contrariada en el rostro de mi amigo manifestaba su desacuerdo ante tal hipótesis.

—¿Y si están pidiendo un rescate? —continué abriendo una nueva línea de investigación—. ¡Pudieran ser cantidades de libras que reclaman unos secuestradores para liberar a algún familiar de la mujer!

—Watson, se lo repito mil veces —replicó Holmes con hosquedad—: Usted ve, pero no se fija. ¡Observe! —señaló enérgicamente la nota con su huesudo índice—. ¿Qué otra figura se repite hasta en tres ocasiones?

—¿El... fuego? —titubeé temeroso de una nueva reprimenda.

—Elemental. Toda esta amalgama de sustancias tiene como objetivo final producir fuego. Nos encontramos ante una fórmula que bien pudiera ser la de la dinamita —sentenció,

triumfal—. Y mucho me temo que asociar dinamita con una hora y un lugar determinado no significa más que una cosa...

—¡Un atentado contra el mismísimo Parlamento Británico! —exclamé horrorizado.

Se me erizó el bigote al imaginar el Big Ben, símbolo de la precisión y la puntualidad británica, volando por los aires víctima de un vil sabotaje.

—Aún queda por aclarar cómo lo sabe la mujer y por qué no ha recurrido directamente a Scotland Yard. Quizá se encuentre en peligro o amenazada. Intuyo, además, que detrás de esta perversa conspiración sólo pueden estar la enfermiza mente del profesor Moriarty y el brazo ejecutor de sus secuaces. —Sherlock Holmes apretó la mandíbula con fuerza—. Da igual. Poseemos datos suficientes para intervenir de inmediato. ¡Hemos de detener la tragedia, Watson! ¡Apresurémonos! Telegrafiaré urgentemente al inspector Lestrade y tomaremos sin más dilación un carruaje hacia Westminster. Disponemos apenas de un par de horas para actuar.

Holmes abrió un cajón y cogió su revólver, camuflándolo convenientemente en un bolsillo, e íbamos a tomar sombreros y abrigos para salir a las frías calles londinenses, cuando alguien tocó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Disculpen —interrumpió la señora Hudson, nuestra casera—, quería saber si necesitan... ¡Oh! ¡Si está aquí! —exclamó al reconocer el papel que aún sostenía el detective—. ¡Pensé que la había perdido!

Sherlock Holmes y yo nos detuvimos, boquiabiertos.

—¡Se me debió caer esta mañana mientras limpiaba! —explicó arrebatando la nota de las paralizadas manos de Holmes—. ¡Menos mal que la han encontrado! ¡Una receta que vale su peso en oro! Aquí donde la ven, esta lista de ingredientes, con sus cantidades exactas y su tiempo de cocción, ha pasado de generación en generación y es uno de los secretos mejor guardados de mis antepasados escoceses. Necesita hora y media de elaboración, eso sí, pero les prometo, caballeros, que esta noche para la cena se chuparán los dedos.

Una vez la señora Hudson abandonó el cuarto, ambos permanecemos en silencio. Pude ver, por primera vez en varios años de convivencia, que el inescrutable semblante de mi amigo adquiría un extraordinario rubor. Abochornado yo también, opté por refugiarme al lado de la chimenea y ocultar el rostro tras el *Times*, mientras Holmes salía al paso agarrando su Stradivarius y relajando el tenso ambiente con una afligida melodía.

Jamás, ninguno de los dos, volvimos a hablar del tema.

Jeroglífico - Secreto

Volar tan alto como un águila

—Padre, ¿una salida!

El niño estaba entusiasmado, su cara reflejaba emoción y sus ojos no se apartaban de aquel punto luminoso en el centro de la estancia. Después de aquellos años encerrados en una oscuridad perpetua, por fin encontraban un atisbo de esperanza.

El padre no respondió, su rostro inexpresivo y su silencio inmutable hacían de sus facciones más severas. Arrugó la frente, y cientos de líneas aparecieron de forma inmediata, aquel era el rostro de un genio, de un genio que ha entrado en la desesperación absoluta.

No, por más que lo intentasen, ellos no escaparían del laberinto ese día, ni ese ni cualquier otro. Estaban condenados a vagar el resto de sus vidas en aquel lugar olvidado por los dioses. Dédalo no tenía esperanza alguna, y sabía muy bien que la única salida de ese lugar era la muerte.

—¿Padre? ¿Es un engaño? —preguntó el niño al darse cuenta que su padre no se acercaba a la salida.

Dédalo no dijo nada, se agachó lentamente, buscó entre las sombras una piedra, eligiéndola con cuidado y finalmente lanzó una al haz luminoso que tanto había entusiasmado a su hijo; en el instante que la piedra tocó la luz, cientos de cuchillas aparecieron convirtiendo el objeto en polvo.

—¿Cómo lo has sabido padre? —dijo el niño desilusionado por saber que seguirían atrapados en ese infierno por probablemente toda su vida.

—¿Acaso no he construido yo este maldito lugar, Ícaro? —le respondió el padre con dureza.

Los ojos de Ícaro se llenaron de lágrimas. Miró fijamente a su padre, pero él guardó silencio; el niño se dio la vuelta y se internó en un corredor oscuro mientras se secaba las lágrimas de las mejillas. Últimamente su padre ya no hablaba mucho y se había vuelto más taciturno y callado día tras día y a Ícaro esto le daba miedo, pues sentía que su padre escondía un secreto, y cuando un genio esconde un secreto es porque algún acontecimiento terrible está a punto de acontecer.

Dédalo vio a su hijo marcharse por uno de los corredores, le dio un minuto de ventaja para que esté a solas y luego él también entró a la oscuridad del pasillo. Ícaro era quien llevaba la antorcha, pero él no necesitaba luz, conocía hasta el último rincón del laberinto, y por eso sabía que no existía ninguna salida... bueno con excepción de una, pero Dédalo no tenía el valor suficiente para encararla, por lo menos no todavía.

“Lo siento hijo mío, cuanto lo siento”

Caminaron por varios minutos... o días, o semanas; en el laberinto el tiempo corría a su antojo sin ninguna de las leyes mortales; solo había algo constante: El silencio. Padre e hijo se sumían en sus pensamientos, caminando, torciendo en un cruce, caminando de nuevo, solo para no perder esperanzas. Ícaro esperaba ansioso alguna palabra de su padre, cada cierto tiempo lo regresaba a mirar, pero sus facciones siempre se ocultaban en la sombra.

Una noche, mientras dormían en una pequeña cámara, Ícaro medio dormido creyó oír a su padre que le pedía disculpas, pero nunca logró saber si había sido producto de su imaginación.

El niño comenzaba a rendirse, sus pasos eran vacilantes cada nuevo día y ya no intentaba entablar conversación, simplemente aceptó la idea que moriría en ese lugar... y sin previo aviso, cuando menos se lo esperaba, su padre rompió el silencio.

—Ícaro, ven aquí —dijo Dédalo señalando un punto en la pared del laberinto.

—¿Si padre? —Ícaro corrió entusiasmado y miró hacia la dirección que apuntaba el dedo de su progenitor. En la pared había una aldaba con forma de cabeza de toro.

—El... el minotauro —vaciló Ícaro. Aunque sabía de su existencia, era la primera vez que encontraba una prueba de que no era solo un mito.

—Ícaro, escúchame con mucha atención —comenzó a decir Dédalo— hay una salida. Es la única que existe, pero es muy peligrosa. Si queremos salir tendremos que enfrentarnos al minotauro... el amo y señor de este lugar. No estaba seguro de hacerlo, pero he tomado una decisión, no quiero pasar más tiempo en este infierno.

Ícaro se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo. ¿Este era el secreto que atormentaba a su padre? El niño se apiadó de él, comprendió que Dédalo solo quería evitar que su hijo corriera peligro y que muera de una forma terrible.

—Padre, prefiero estar muerto que vivir de esta manera, enfrentemos a esa bestia y salgamos de este lugar.

Dédalo sonrió al escuchar las palabras de su hijo, pero había algo en esa sonrisa que a Ícaro lo asustó mucho, no era la sonrisa de un padre, sino la de un timador. El niño comenzó a dudar si el secreto de su padre era efectivamente la inevitable confrontación con el Minotauro.

—Ícaro, la salida se encuentra en un acantilado, así que si logramos vencer a la bestia, tendremos que volar

—¿Volar? —preguntó Ícaro confundido

—Así es, volar... volar tan alto como un águila. Recoge todas las plumas de las aves que habitan en este lugar y de las cuales nos hemos alimentado por tanto tiempo. Nos serán de utilidad por una vez más

Ícaro cumplió con la petición de su padre. Mientras el niño recogía las plumas, Dédalo construía poco a poco un par de alas suficientemente fuertes como para alcanzar la libertad.

Pasó el tiempo y las alas estuvieron por fin construidas, y juntos, padre e hijo golpearon la aldaba con forma de toro. Una puerta secreta se abrió y un nuevo corredor lleno de sombras apareció en frente de ellos.

—Ícaro, pase lo que pase, no te detengas. Corre y salta cuando llegues al acantilado.

—Si padre.

“Lo siento hijo mío, cuanto lo siento”

Ícaro corría delante de Dédalo, ambos con las alas puestas, listas para ser desplegadas.

A lo lejos el niño vio una luz... y escuchó el romper de las olas.

—Vamos padre, ya veo la salida.

Dédalo iba a decir algo, pero un aullido desgarrador llenó el lugar, surgía exactamente de la luz. Ícaro no se detuvo, ni tampoco su padre, y ambos, valientes como todo ateniense, entraron en la estancia raudos, y se enfrentaron con la pesadilla que tanto temían.

El minotauro estaba frente a ellos, de pie en una suerte de caverna circular, tras la bestia, un hermoso cielo azul, teñido con retazos blancos de nubes y a lo lejos el sonido de las gaviotas. Un sol radiante entraba a la estancia y el olor del mar embriagaba los sentidos de ambos humanos.

—Tan cerca de la libertad... pero tan lejos —murmuró Ícaro temeroso de ver la enorme bestia café que se alzaba en frente de él. Miró de reojo a su padre, pero este no mostró ningún signo de temor, nuevamente el silencio se había apoderado de él... aunque a la luz natural, Ícaro percibió una pequeña lágrima surcando el rostro del viejo constructor.

—Padre... —comenzó a decir el niño

—¡Corre! —gritó Dédalo al mismo tiempo que el Minotauro rugía con una fuerza inhumana.

Ícaro corrió, visualizando el cielo azul, olvidando a su padre, al minotauro, al laberinto... a todo. Cerró los ojos cuando llegó a lado de la terrible bestia, pasó tan cerca que pudo sentir su nauseabundo aliento y esperó que sus garras lo despedazasen, pero en el instante siguiente se vio saltando por el despeñadero, abriendo los brazos y sintiendo la brisa marina... estaba volando, libre, libre por fin.

Miró a su derecha, y ahí estaba su padre, con sus alas desplegadas, volando como un pájaro.

Ícaro soltó una gran carcajada, y acercó planeando a Dédalo.

—¡Lo logramos padre! —Gritó Ícaro feliz por encima del viento— ¡Lo logramos! ¡Somos libres!

Dédalo no contestó, su rostro de piedra seguía inmutable. Su actitud taciturna seguía siendo la misma y sus ojos estaban húmedos. Ícaro hubiera jurado que su padre estaba triste por haber escapado.

—Padre, ¿Qué te sucede? —preguntó el niño ubicándose muy cerca de él.

—Lo siento, lo siento mucho hijo mío, pero es la única manera...—Dédalo estiró la mano y sujetó la correa que unía las alas con el cuerpo de su hijo.

—¿Pero padre... qué estás haciendo...

Ícaro no pudo decir más, Dédalo estiró su brazo con todas sus fuerzas y rompió la correa de su hijo. El cuerpo se separó de las alas y e Ícaro se precipitó al mar gritando con su infantil voz, lleno de sorpresa en su rostro.

—Era la única manera de escapar —le dijo Dédalo al cielo azul mientras se dirigía a tierra firme. Lloraba amargamente—. El Laberinto exigía un sacrificio, la única salida de ese infierno es la muerte, hay que sacrificar siempre algo para obtener algo a cambio, es una ley universal. Es por eso que el Minotauro nos dejó pasar. Lo siento hijo, pero quería ser libre, quiero vivir y seguir construyendo... ahora tú también serás libre y volarás como un águila en la eternidad...

... Como un águila en la eternidad

Secreto - Silencio

Zero

Sé que te extrañará que lo que te voy a contar salga a la luz en un concurso literario. Pensé que esta sería la única manera de que la historia de este individuo sea conocida y que el personaje del que escribo contacte conmigo. Tal vez, sin embargo, lo que ocurre es que mi poca imaginación solo haya encontrado esta manera de atraer tu atención.

Tuve noticia de este extraño ser gracias a mi afición a la lectura. Un día, paseando por la calle me encontré un libro. Pensé que se trataba de BookCrossing, pero al examinarlo detenidamente vi que se trataba de un diario. Ahora pienso que su autor probablemente estaba a pocos pasos de mí, viendo cómo su historia iba a compartirla alguien más, por fin.

La primera entrada empezaba así:

Más que un diario, este es el relato de mi naturaleza. No te diré mi nombre pues da igual, al poco rato lo habrías olvidado. Llámame suerte o desgracia. Llámame casualidad o inevitabilidad. O simplemente lee estas páginas, sin más.

Las bases del concurso obligarían a eliminar este escrito si transcribiera el contenido del diario, así sería imposible que lo estuvieras leyendo. Esto es un resumen y yo soy su autor. Si deseas conocer toda la historia, contáctame y podrás leerla completa de su puño y letra.

Había que darle un nombre a este individuo, no vamos a estar refiriéndonos a él todo el tiempo como ese que dejó su diario en medio de la calle. Así que lo llamaremos Zero. Creo que es una buena elección.

Ahora que lo pienso, soy la segunda persona en el mundo que tiene consciencia de la existencia de Zero. La otra es su madre. Porque Zero es nadie, o cualquiera, o la Diosa Fortuna, o ese que te pone la pierna encima para que no levantes cabeza.

A veces me ensaño con un individuo sólo porque en una conversación de restaurante le oigo decir que es un "don nadie" mientras se zampa una langosta regada con buen vino. Suelo ponerle la zancadilla a la salida del restaurante. Total, todos creerán que fue culpa del alcohol.

Zero no es su verdadero nombre, él mismo se puso ese apodo, según cuenta, porque es el que más se acomoda a su peculiaridad. Zero es eso, un cero a la izquierda. Uno se puede cruzar con Zero y no recordará haberlo visto. Si Zero te hace una pregunta, inmediatamente tu atención se dirigirá a otra cosa y olvidarás que alguien te preguntó algo. No es invisible, pero es como si no existiera. Pero él está ahí, no chocarás con él, sólo que tu mente descartará inmediatamente que tuviste que dar un paso lateral para evitarlo. Te convencerás de que en la tienda ya no quedaba la marca de cerveza que bebes en lugar de ser consciente de que Zero se llevó la última delante de tus narices.

La vida de Zero en lo referente a las cosas materiales es bastante buena. Viste las mejores prendas de las mejores marcas. Come los mejores productos de las tiendas gourmet. Eso sí, todo precocinado. Es imposible que le sirvan en un restaurante, incluso si está sólo, lo más que consigue es que el camarero le pregunte cada cinco minutos lo que desea, se vaya para la cocina y se olvide de nuestro personaje.

Intentó vivir en varias ocasiones en casas habitadas, pero siempre salió mal. Los inquilinos acababan desquiciados, acusándose unos a otros de las mil cosas de las que Zero era responsable, que si se comían lo que no era suyo, que si se dejaban las puertas abiertas o cerradas, que si no hacían la cama. Y todo precedido por la sensación de inseguridad y

nerviosismo de haber olvidado un hecho importantísimo (descubrir la presencia de Zero y olvidarla inmediatamente). Vivir con sólo otra persona no daba mejores resultados, el dueño de la vivienda solía acabar en el psiquiatra, a diferencia de los matrimonios, que acababan en el abogado matrimonialista. Así que Zero es un ocupa. Pero un ocupa de altos vuelos, por supuesto, chalets de ejecutivos destinados en otros países, suites de hotel y lugares de ese estilo.

Dinero tampoco le falta. Empezó robando las propinas en los bares, pero era lento y pesado (pesado, ruidoso y ocupaba mucho espacio en el bolsillo). Ahora cuando necesita algo de efectivo suele entrar en cualquier gran superficie o tienda donde se maneje gran cantidad de dinero, se pone al lado de la caja y se apodera de los billetes y monedas que necesita. El dependiente está ocupado en cobrar, y el cliente en que le devuelvan el cambio, así que se olvidan del hurto de Zero inmediatamente. En cinco minutos tiene lo que necesita.

La actividad habitual de Zero es meterse donde no le llaman. Espiar, algo que se le da mejor que a nadie en el mundo. Pero como tampoco le interesa traficar con la información obtenida, suele entretenerse en filtrar informaciones a partidos políticos, policía, gente de negocios o la prensa. Os llevaríais una sorpresa si supierais cuantas veces sale a la luz cualquier escándalo simplemente porque Zero tenía el día juguetón.

Nunca he llegado a saber las razones por las que me ocurre esto. Sólo mi madre fue capaz de ser consciente de mi presencia. Seguramente por ser yo alguien tan falto de cariño, haya creído en el tópico de la madre como figura cuasi mágica.

Este es un hecho especialmente curioso. Sin embargo yo creo que la razón de que su madre fuese la única persona en el mundo conocedora de la existencia de Zero es porque no haya forma de que un organismo humano olvide a quien ha sustentado durante nueve meses. Es un esfuerzo demasiado grande como para hacer borrón y cuenta nueva en cuestión de segundos.

La convivencia con mi madre duró relativamente poco tiempo. Ella sólo pudo soportarme durante seis años, al cabo de los cuales me abandonó. Sin embargo no puedo decir que no me hubiera preparado para la existencia que me esperaba. Durante el año anterior me enseñó a buscarme la vida por mí mismo. Yo no era consciente de lo que estaba pasando hasta el día en que me explicó que le era imposible vivir más tiempo en aquella situación. Después de transcurridos muchos años y comprendiendo la carga que yo era para ella conseguí entenderla y finalmente perdonarla. La busqué y supe que se había casado, que tenía dos hijos más y que era feliz en su matrimonio. Finalmente conseguí el valor suficiente para ponerme en contacto con ella. La experiencia fue mejor de lo que había imaginado y ahora nuestra relación es casi normal, yo la llamo muy de vez en cuando y por supuesto, nunca la visito. Como ves, una típica relación madre hijo, con la diferencia de que ella nunca se queja de que no vaya a verla.

Zero escribe en su diario pocas cosas más acerca de su madre, pero he llegado a la conclusión de que, como cabía esperar, poder relacionarse de una forma casi normal con al menos una persona ha impedido el desmoronamiento total de su personalidad y un más que probable suicidio.

La mayor parte del tiempo tengo un interés enorme en conocer a una persona tan singular como lo es Zero. A cada momento espero encontrarlo y que me diga que es él. Pero, claro, ¿cuántas veces esto habrá ocurrido?, ¿cuántas conversaciones habremos tenido?, ¿cuánto de lo aquí escrito es obra mía y cuánto impuesto por él? Y es que hay una cosa que tengo

bastante clara: que tras muchos años de silencio efectivo, a pesar de que pueda hablar con cualquiera, de que ninguna puerta pueda permanecer cerrada ante él, de que tenga las armas necesarias para que siempre se cumpla su voluntad, en realidad Zero es un individuo con voz pero sin mensaje. El suyo es un silencio obligado nacido de su propia naturaleza, ni buscado ni deseado y por lo tanto odiado. Estoy seguro de que hay pocas cosas que desee más que poder hacer oír su voz. Tal vez una de esas cosas que aún desea con más ahínco sea mantener su libertad, de ahí que busque un sistema tan retorcido para darse a conocer, manteniendo la duda de si esto es real o pura invención.

Se me acaba el espacio disponible. Cuando leas esto lo tomarás como un relato más del concurso, pero no dudes de que no es así. Pronto, antes quizá de lo que deseamos tú o yo, volveremos a tener noticias de Zero. Ahora lo vemos como un pobre individuo desgraciado, espero que este relato no suponga abrir ninguna caja de Pandora.

Secreto - Silencio

Eclosión

Tan solo una luz bailaba nerviosa en aquella oscuridad. Yendo y viniendo de un sitio a otro como una luciérnaga perdida. De tanto en tanto se paraba en un punto, nunca por demasiado tiempo. Un par de voces acompañaban aquel movimiento y al igual que la luz, iban perdiéndose a su paso por la oscuridad.

—Se suponía que tan solo existía una—. El hombre ricamente vestido acercó su linterna a una de las paredes. Sus pasos dispares, parecían los de una persona ebria, quizá por la euforia del momento.

—Sí —Se limitó a contestar su acompañante. Un hombre con bigote y camisa absolutamente llena de polvo.

—Y sin embargo... aquí hay cinco más—. Replicó el hombre y giro sobre sus talones para abarcar la instancia —¿Quién más lo sabe?

—Tan solo nosotros y mi sobrino. Él lo encontró. Es algo increíble.

Ambos hombres giraron sobre su propio eje mirando la estancia heptagonal. El hombre de traje elegante se limpió el sudor. El pequeño haz de luz de la linterna, recorrió de nuevo la oscuridad y paró al descubrir algo.

—¿Este hueco de aquí? —Preguntó iluminando una de las paredes

—Aquí debería de estar la piedra que todos conocemos.

—La que descubrió Pierre-François Bouchard en Rashid en el año 1799 durante el desembarco de Napoleón y su batalla contra el Almirante Nelson. Conozco bien la historia de la piedra —Suspirando volvió su atención sobre el arqueólogo— Pero la que ellos encontraron estaba en el muro interior de un edificio de Rashid; a muchos kilómetros de aquí.

Lentamente siguió con sus manos el cortado contorno de granito. Los mismos trozos que le faltaban a la piedra original estaban aquí.

—¿Por qué se llevarían solo una?

—No lo se— Su propio tono entre dudoso y emocionado le obligo a sonreír algo nervioso— Quizás se llevaron solo esta por que les era de importancia legal. —El arqueólogo, se frotó la frente inseguro— O quizás por que no se atrevieron a llevarse las otras cinco.

—¿Qué es lo que dicen? —Aquello le intrigaba más aún— ¿Las habéis traducido?

—Por eso te he hecho venir amigo mío —La expresión del arqueólogo se hizo grave— Lo que he sido capaz de entender... ha sido desconcertante. Puedo asegurar que mi sobrino consiguió descifrarlo, pero desde entonces no ha vuelto a ser el mismo. Se ha vuelto como loco. Ahora solo murmura y actúa de forma extraña. Necesitábamos la mano de un experto lingüista en lenguas muertas.

El arqueólogo se frotaba la cara nervioso. Se acercó a una de las cinco e invitó al lingüista a apreciar más de cerca aquella tabla.

—Por lo que veo, siguen la misma disposición que la piedra de Roseta. Tres idiomas — Señalándolos paulatinamente fue enumerándolos— Primero jeroglíficos después una franja en demótico y por último en griego.

La sonrisa que asomó al rostro del lingüista murió al ver la expresión de su compañero.

—No espera... aquí hay una franja más.

Acercó una luz a dichas inscripciones. Descubrió un extraño juego de caracteres completamente desconocidos para él. Algo se revolvió en su estomago, pero su curiosidad superaba sus instintos. No debería llevarme demasiado tiempo traducir estas cinco tablas.

—Mi sobrino y yo estamos teniendo muchos problemas para esconder este descubrimiento. Aún más desde que comenzó a comportarse de esa manera. Últimamente no podemos trabajar más de una semana sin que vengan a investigarnos ¿Cuándo podrías empezar?

De su chaqueta sacó papel y lápiz y comenzó con la primera de aquellas cinco tablas.

—Ahora mismo.

La luz del atardecer caía sobre el desierto en tonos anaranjados. La negra silueta del lingüista se recortaba entre las dunas. Absorto como iba en el repaso de sus notas no advirtió donde le llevaban sus pasos. Cuando levantó la vista, la imagen que vio ante sus ojos, le hizo estremecerse. Subido en cuclillas sobre una columna medio derruida se encontraba el sobrino de su amigo arqueólogo. No dejaba de morderse nerviosamente los dedos de una mano ya ensangrentada. Miraba con ojos nerviosos el suelo de su alrededor mientras murmuraba sin cesar.

El lingüista, recobrado de la primera impresión, se dirigió al muchacho.

—Tú eres el sobrino de Angus ¿cierto? —La pregunta quedó suspendida en el aire por unos segundos.

El muchacho no se inmutó. Su letanía no parecía tener fin. Con cierta cautela volvió a preguntar.

—¿Podríamos hablar un momento? Tu tío me dijo que descubriste la sala de las tablas y trabajaste con ellas.

La actitud del muchacho lo amedrentaba. El miedo o la congoja le hicieron seguir hablando sin detenerse.

—He empezado a traducir las tablas. He comenzado con el griego al ser el lenguaje más sencillo. He de reconocer que estoy desconcertado. Nada tiene sentido. Faltan muchos trozos. Hablan de dioses y sucesos que cambiaron el mundo. Pero ninguno concuerda con la historia conocida. Hablan de una ciudad como nunca se ha conocido en la época antigua. De un pacto entre dioses y hombres. De enseñanzas a cambio de ayuda. Hablan de una semilla en el corazón del mundo y de una espera. No sé que llevó a la total desaparición de aquellas gentes. Tengo la esperanza de encontrarle sentido cuando descifre la cuarta franja. —El murmullo del joven había cesado y le miraba fijamente, con ojos exorbitados.

—Traición.

—¿Cómo dices?

—No quedó ninguno.

—No te entiendo muchacho.

—Hasta que la semilla despierte. Ellos creían que no lo sabíamos, pero lo sabíamos. Lo dejaron escrito y lo escondieron. Yo lo encontré. El calor. Es el calor, lo que necesitan para que la semilla crezca.

—¿Ellos? ¿El calor es necesario?

—El calor les despertará. Odian el frío.

El lingüista observó al muchacho de repente más lucido que nunca. La expresión no era de locura, sino de miedo.

—Renacerán de la tierra. Ellos nos mostraron como evolucionar. Sabían que nos expandiríamos. Creceríamos sin parar hasta conseguirlo.

—¿Conseguir el qué?

—Calor. El calor necesario.

—No te entiendo.

—El calor que necesitan estúpido. Lo necesitan para que germine su semilla —Volvió a morderse los dedos mientras miraba el suelo— Alimentaron nuestras mentes; y nuestros cuerpos alimentarán su prole.

El muchacho volvió a recitar su letanía y ya no hubo manera de sacarlo de su ensueño. Lentamente el lingüista repasó sus notas y volvió al trabajo.

A la luz de una linterna, el lingüista buscaba las claves necesarias para terminar de comprender aquella escritura. Después de una semana había sido incapaz de dar con la respuesta. Tiró sus notas desesperado. Se frotó los ojos cansados y entre los dedos observó su trabajo disperso por el suelo. Una de aquellas hojas había caído al lado de una de las tablas. Dejando ver solo el primer carácter de cada línea. Ahí estaba. Lo había tenido ahí delante todo el tiempo. Los caracteres se sumaban de línea en línea. Tenían sentido si se jugaba con los primeros caracteres de los cuatro idiomas.

Retomó sus apuntes y empezó a trabajar de nuevo. A partir de este punto el trabajo fue sumar caracteres.

Según pasaron las horas, su inquietud crecía. Aquel lenguaje escondía un mensaje de advertencia. Hablaba del avance tecnológico. Describía detalladamente puntos y descubrimientos clave. Molinos, maquinas de vapor, combustibles, y de la energía que surge

al dividir las unidades básicas. En este punto la advertencia era ya un ultimátum. El cielo sucumbiría de residuos. La temperatura aumentaría exponencialmente.

Al parecer después de este punto solo sería cuestión de tiempo la eclósión final de la semilla del mal como la llamaban en aquellas tablas.

Fue entonces cuando lo sintió. Allí estaba el muchacho, respirando lentamente en su hombro.

—Lo has descubierto.

—Sí.

—Nos enseñaron a calentar el planeta.

—Para prepararles un ecosistema óptimo.

—¿No deduces el resto de la historia? —El muchacho se sentó a media luz— Engañaron a los hombres, su principal alimento, a ayudarles a preparar sus nidos subterráneos. Nos dieron los conocimientos y nos señalaron el camino. Una vez sus nidos estuvieron preparados y los hombres necesitaban de aquel sistema para sobrevivir; mataron a todos aquellos que les ayudaron con sus nidos. Y esperaron a que aquellos hombres evolucionaran. A que les diéramos el calor. A volver.

—Pero... ¿Qué son?

En sus manos cayó un documento que le lanzó el muchacho. Al parecer era un artículo de ciencia. Era una gráfica alarmante según exponía el autor. Se podía ver claramente cómo había aumentado la temperatura en todo el planeta; y de como aumentaría la temperatura en los próximos años. Directos al terrible final planteado hace milenios. *¿Podrían pararlo? ¿Nos escucharían?* El miedo le sobrecogió. El muchacho le respondió.

—No lo sé, pero al parecer, pronto lo sabremos.

El lingüista miró el artículo y posteriormente al suelo que pisaba.

Solo era cuestión de tiempo.

Calor y tiempo.

Jeroglífico - Tiempo

El corazón de la Dama

Después de todo lo que ha vivido, de lo que le acaeció en Logres —donde su pasado y futuro se tocaron—, el caballero pensó en retirarse porque la aventura ya no lo anima. En el tránsito por el Valle de las Sombras Tristes, el caballero refuerza su determinación —perdió ahí a su caballo y los bagajes, pero conservó un cofre—, camina hacia el oeste, hacia sus últimas aventuras.

No anduvo mucho, pronto halló un monasterio, tocó su puerta, fue admitido y no tardó mucho en tomar los hábitos, no sin cierta oposición de algunos monjes porque supieron que fue caballero antes y les irritaba su pasado pagano, mas los verdaderamente sabios sintieron piedad de él y lo aceptaron. Cuando profesó sus votos, los tres, cambió su nombre por el de

Juan del Espíritu Santo. Se dedicó, aparte de la oración comunitaria o mental, a ser hortelano. Fue un fraile solitario y callado, sólo hablaba si era necesario; parecía que había hecho el voto de silencio. Alguna vez dijo al superior: “No debo desperdiciar las palabras. Mire la naturaleza: crece en silencio; mire al cielo, las estrellas, la luna y el sol: se mueven en silencio. Necesitamos el silencio para poder tocar nuestra alma y la de los demás.”

Al cabo de un año de haber profesado, su confesor le impuso dos tareas más, una útil al conocimiento, copiar algunos manuscritos que de vez en vez llegaban a este lugar; la otra tarea era más personal, serviría para que se reconciliará con una parte de su pasado que callaba y lo atormentaba. Escribiría la historia de sus aventuras. Se le otorgaron algunas condiciones para que lo hiciera: no dejaría sus labores, sólo dispondría de las noches iluminadas por la luna, nadie debía saber que escribía.

Toda su vida ha sido portador de secretos, de promesas de guardar silencio, una más no es ya extrañeza sino lo cotidiano. Comenzó su fábula de la siguiente manera:

“Los hombres están hechos más de las derrotas que han sufrido que de victorias que han recompensado sus esfuerzos, tal vez, por eso, admiramos tanto a los protagonistas de los libros de caballerías. Yo también quise vivir las aventuras que les acometían y realicé tantas hazañas como lo hacían ellos; sin embargo, a pesar de mis victoria en los combates, de los éxitos de mis questes, de la admiración de las bellas damas, del aprecio de los poderosos, de la benevolencia de los monjes y sacerdotes, siempre faltó algo en mi vida lo cual me producía gran desasosiego, la solución hube de hallarla por vez primera en mi visita al reino del Preste Juan, pero fue hasta el día en que me convertí en fraile que mi alma atormentada encontró descanso y paz. Y porque hice el bien, aun siendo un terrible pecador, y porque llevé alegría y felicidad, se me demanda que escriba sin tanta fantasía algunos de aquellos sucesos, tal es la labor que emprendo. De su lectura preferiría encontrares guía y, a veces, consuelo. Sabed que quien vivió las aventuras narradas aquí acaba sus días como lo hicieron muchos caballeros, como un anónimo monje.”

Dos o tres noches cada mes relataba al papel su vida. A veces con detalle, en muchas ocasiones era breve, casi todo lo personal e íntimo fue dicho de esa manera. Hizo desfilar sus principales hazañas, su exilio, su encuentro con la maga Urganda la desconocida, su derrota a manos de Tristán de Leonis y lo que aconteció en la corte del rey Arturo.

Ya han pasado doscientas treinta y siete lunas en el tiempo desde el día en que hubo de partir el caballero del mundo. En la noche del día seis mil seiscientos treinta y seis sale al techo de la iglesia, dirige su mirada al cielo, ve la luna, recuerda los días felices y también los que hubo tristes, busca en el fondo de su corazón y ve la sonrisa de su dama, cierra sus ojos, comienza a rezar como lo hace siempre:

Lo que vos queráis, Señor, sea lo que vos queráis.

Si queréis que, entre las rosas navegue en la alegría de las maravillas de la creación; que sea lo que vos queráis.

Si queréis que entre las espinas surque la vida tan ardua de vivir en cualquier comunidad o en la más absoluta soledad; que sea lo que vos queráis.

Si queréis que viva en la luz o en la sombra; que sea lo que vos queráis.

Gracias si queréis que mire, gracias si queréis que no vea; gracias por la ignorancia; gracias por la sabiduría; que sea lo que vos queráis.

Lo que Vos queráis, Señor, sea lo que Vos queráis.

Guardó silencio.

Después de unos minutos comenzó a recitar la oración de su advocación particular:

Ven Espíritu creador; visita el alma de tu fiel. Llena de la divina gracia el corazón que Tú mismo has creado.

Tú eres mi consuelo, don de Dios altísimo, fuente viva, fuego, caridad y ágape, unión espiritual.

Tú derramas sobre mí los siete dones; Tú el dedo de la mano de Dios, Tú el prometido del Padre, pon en mis labios los tesoros de tu palabra.

Enciende con tu luz mis sentidos, especialmente los internos; infunde tu amor en mi corazón, y, con tu perpetuo auxilio, fortalece mi frágil carne tan tentada a fallar siempre.

Aleja de mí al enemigo, dame pronto tu paz, siendo Tú mismo mi guía para que así evite todo lo que me es nocivo, y para que también lleve alegría o paz a quienes la requieran de mí.

Por Ti conocemos Padre y también al Hijo y que en Ti, que eres el Espíritu de ambos, crea en todo tiempo.

Gloria a Dios Padre y al Hijo que resucitó de entre los muertos, y al Espíritu Consolador, por los siglos infinitos. Amén.

Después de orar al descubierto regresa. En el interior de su celda se coloca de rodillas, comienza de nuevo a recitar sus oraciones, mira hacia lo alto, deja de mirar al cielo y vuelve su mirada a su escritorio, se levanta hacia él, pero se arrepiente, va luego a la pared, contempla el crucifijo y a un lado el corazón de su Dama.

Secreto - Silencio

El parásito

Si me miro al espejo siento que aún parezco joven. Los estragos del tiempo apenas han dejado huellas en mi rostro, quizás mi cintura se ha ensanchado un poco y mis pechos ya hace mucho que notan la fuerza de la gravedad. Como cada día, aplico un poco de maquillaje alrededor de mis ojos, oprimo el estómago bajo el traje oficial. Disimulo ante mis ojos, ante los demás. No ante ti. Tú sabes la edad que tengo realmente, no los treinta y dos que pretendo aparentar, ni los treinta y nueve que tenía cuando nos encontramos. Tú lo sabes, pero yo miro al espejo y no te veo. Reprimo la tentación de tocar la mancha sobre la nuca.

Salgo. La cinta desplazadora parece ir más lenta que nunca. Los jóvenes impacientes a veces corren, yo me dejo llevar. No tengo prisa. Hubo un tiempo en que sólo buscaba el aire, el desierto impetuoso que hay más allá de los muros de la colonia. Ahora, en cambio, disfruto mirando los edificios de acero, recortados bajo la cúpula transparente que nos protege del viento del desierto. He visto elevarse cada una de esas torres desde los cimientos. Nunca imaginé que llegaría un momento en que estarían terminadas. Ni que yo seguiría aquí.

Hace ya cien años que llegué a la colonia humana de Acrux tres. Aquí el tiempo parece pasar más deprisa. Tanto que a veces me da miedo. Pero me adapto, como siempre, para sobrevivir. Llegué por casualidad, la nave se estrelló a pocos kilómetros de la colonia y los humanos desafiaron la tormenta de arena

para llegar hasta nosotros. Percibí su decepción al comprobar que todos estaban muertos. “La fuerza del impacto”, dijo uno, “la presión de la atmósfera”, dijo otro. Era imposible explicar que todos llevaban mucho tiempo muertos y que yo estaba agonizando. Fue más fácil no decir nada, acercarme sin que me vieran y colarme entre las juntas de tu traje acolchado. Pegarme a tu piel como si siempre hubiera estado allí. Nadie pareció notarlo, al menos al principio. Fui erupción, pústula, eczema y mancha de nacimiento. Me estudiaron durante un tiempo, temerosos de que se propagara un contagio. Yo me quedé quieto, latente, esperando. Después los convenciste de que yo no era más que una marca que siempre había estado allí. O tal vez fui yo. A veces es difícil saberlo.

La larga cinta desplazadora atraviesa toda la colonia y yo me dejo deslizar por ella. Sonríe a la gente que se cruza conmigo en dirección contraria. Veo a lo lejos las naves que descienden, y las que se marchan. Yo podría ir en alguna de ellas. Volver a casa. Ya han nacido aquí dos generaciones, hemos duplicado nuestra población... yo sigo soñando con volver. O quizás eres tú. Muchas cosas han cambiado durante estos años, ya no estamos solos. Los xarvianos llegan desde Acrux seis y nos contemplan desde su impresionante estatura. Los glicos han dejado de atacarnos, aunque aún no traspasan nuestras puertas de acero. No podrían respirar aquí dentro, igual que nosotros no somos capaces de soportar el viento del desierto. Mi destino está detrás de la próxima esquina. La torre más alta, la más antigua. El nivel más elevado, un despacho sobre la Sala del Consejo de la colonia. Uno de los sillones de esa sala es mío, aunque hoy no nos reuniremos. O a lo mejor es tuyo. A veces es difícil saberlo.

Hoy me sentaré en el despacho y dejaré que los informes pasen por la computadora esperando mi firma. El embajador xarviano aceptará el tratado entre nuestros pueblos y yo sentiré que tenemos un problema menos. La pantalla se emborrona. A veces mi vista fluctúa y mis manos tiemblan, pero la computadora no lo nota y las palabras siguen corriendo por la pantalla.

Esta noche veré a Dan y recordaré la risa de su abuelo, aunque Dan tiene los ojos tristes y apagados, le digo que le falta sol pero no puede entenderme. Sólo ha conocido esta luz rojiza que a veces traspasa las nubes de arena. Yo sólo tenía doce años cuando me marché, pero si cierro los ojos puedo recordar la luz dorada y el calor sobre mi piel. Los cierro demasiado a menudo. El tiempo se ha detenido en mi cuerpo pero no en mi cabeza, que sólo desea volver atrás. No lo entiendes. Te impacientas. El futuro es algo que siempre has controlado tú. Eso lo sé. Ojalá pudiera decírtelo.

Has cerrado los ojos de nuevo. El interior me es familiar, no hay un recoveco que no haya visto ya. Puedo dirigir tus ensoñaciones según me convenga pero no merece la pena, ya no. Lo hemos conseguido todo, hemos llegado a lo más alto de tu civilización. Te he dado poder. Tú me has dado un mundo de colores a través de tus ojos, he sentido tu miedo, los latidos de tu sistema nervioso, la contracción del estómago al reír. Me has dado vida y me has dejado dirigir la tuya. Recorro tu espina dorsal cada día, pero nunca he cerrado la puerta, una parte de mí continúa en el exterior, en la base de tu cuello. Siempre he sabido que nuestra asociación no duraría para siempre, ninguna simbiosis es perfecta, pero no esperaba que durara tan poco tiempo.

Ya lo he elegido. Contigo no lo hice. Eras la que estaba más cerca, la más frágil. No ha salido mal. Te echaré de menos. Me hubiera gustado poder hablar contigo. Podemos compartir pensamientos pero no podemos hablarnos el uno al otro. A veces lo intento, como ahora, pero sé que tú no puedes oírme. Me pregunto si alguna vez me has hablado, si sabes quien soy y que estoy aquí.

Los xarvianos tienen que agacharse para pasar por nuestras puertas y permanecen encorvados en nuestras habitaciones. Tienen los ojos saltones y acuosos, y sus largas manos me extienden el archivo donde sus dirigentes aprueban nuestro tratado. Nuestras manos se tocan. Su piel da descargas eléctricas. Mantengo el contacto, aunque sé que eres tú el que lo hace. Sonríe, aunque ellos no pueden variar con tanta facilidad el rictus de sus labios. Lo entiende. Un embajador siempre entiende. Hace ya seis meses que colaboramos redactando el tratado. Me cae bien. A ti también.

Los amigos siempre los has elegido tú. Tú conoces a tu especie y vuestros sentimientos de una forma que yo nunca he podido hacerlo. Me he guiado por tu intuición, me he aprovechado de ella. Yo no tengo, sólo instinto de supervivencia. Ese instinto me obliga hoy a marcharme. Me has dado vida, pero no podrás seguir haciéndolo mucho más tiempo.

Lucho por retirar la mano, pero también me obligo a mantenerla sobre la palma oscura del embajador xarviano. No sé lo que quiero. Nunca lo he sabido. Tú has tomado siempre todas las decisiones. Yo me he dejado llevar.

¿Quién ha sido el parásito?

Te veo. Por primera vez. Te deslizas sobre la manga del traje oficial. No pareces más que una mancha. Eres tan lento que me sorprende. El embajador te mira atentamente y pronuncia una palabra en su idioma que no conozco. Pero veo en sus ojos saltones que te ha reconocido. Sabe quien eres. Yo nunca lo he sabido. He compartido mi vida contigo y tú nunca me has mostrado nada de la tuya. Quizás nunca has tenido recuerdos, quizás en cuanto toques la piel del embajador pases a ser él y olvides todos los míos.

Desapareces bajo su manga y yo suelto su mano, de pronto me siento incómoda.

-Nunca había visto uno en este sistema –dice el embajador, sorprendido-. No se preocupe, lo llevaré de vuelta a su planeta de origen.

A casa ¿Quién de los dos quería volver? Espero que fueras tú. Asiento con la cabeza. ¿Hemos llegado a decirnos adiós? No. Muevo los labios, queriendo formar una palabra de despedida pero no llego a pronunciarla.

El embajador parece distinto de pronto. Me veo reflejada en sus ojos saltones y me pregunto cómo me verás ahora, desde fuera. No puedo evitar que mis ojos se humedezcan. Eras tú el que los controlabas y ya no estás. Ahora el tiempo volverá a correr deprisa, a mi ritmo y no al tuyo. Estoy sola. Despido al embajador con una sonrisa forzada. Podría haber intentado hablar contigo ahora, hacerte preguntas, pedir explicaciones. No hace falta. Nunca ha hecho falta. Os dejo marchar sin decir nada y me siento de nuevo, las cifras vuelven a moverse en la pantalla, yo apoyo la cabeza en el respaldo del sillón y cierro los ojos.

Tiempo - Silencio

El último hombre

Recuerdo ver, cuando era joven, a los viejos paseando bajo el sol ayudados por sus bastones. Parecía una caravana de condenados a muerte. Ya no hay hombres viejos en la Tierra, si nos olvidamos de mí, claro está.

Las personas –así es cómo les gusta ser llamadas ahora, sólo personas- siguen obsesionadas con la prolongación de la vida, sin embargo nunca han reparado en mí y en el milagro que yo significo. Puedo decir, en la víspera de mi ciento cincuenta cumpleaños, que soy el último hombre vivo que ha hecho el amor con una mujer. En realidad, hace más de una generación que un hombre y una mujer no copulan. Sí, copular. Porque eso es lo que hacen el resto de los animales para reproducirse. A veces pienso que a las personas no les ha gustado nunca el sexo, que sólo lo hacían conmigo por curiosidad. Sin embargo es difícil mantener este prejuicio después de leer la obra de Victoria Kazikowski, “Arqueología del empalamiento”. A las personas les gusta el sexo, pero entendido a la nueva manera.

Mi madre tuvo que pasar por una evaluación psiquiátrica para convencer al comité de natalidad de que su decisión de concebir un hijo varón por métodos tradicionales no era subversiva. Le advirtieron que probablemente su hijo llevaría una vida de soledad y marginación social, y no se equivocaron.

Crecí en un periodo de transición rodeado de mujeres, perdón, de personas, las cuales no tardaron en aventajarme en todos y cada uno de los aspectos de la vida. En realidad, las diferencias entre nosotros no se hicieron evidentes hasta que en octavo curso entré de lleno en la pubertad. Durante ese año mis compañeras de clase tuvieron su primera y última menstruación, mientras que a mí me crecía el pelo por todas partes y mi voz se iba haciendo cada vez más grave. Fue el año más feliz de mi vida. Estaba en la plenitud de la adolescencia y me encontraba rodeado de mujeres jóvenes y llenas de curiosidad. Fue una ilusión maravillosa. Hasta que alguien me consideró una amenaza y acabé mis estudios en el despacho de unos de los últimos profesores.

Casi medio siglo antes de que yo naciese, en la primavera de 2007, se comercializó en los antiguos EEUU el primer anticonceptivo femenino que suprimía la menstruación. Fue un fracaso total que apuntó estuvo de llevar a la bancarrota a una de las compañías farmacéuticas más grandes de la época. Al menos hasta que se descubrieron algunos efectos secundarios inesperados. Al principio el miedo a lo nuevo y los prejuicios hicieron que el anticonceptivo se hiciera con una cuota de mercado ridícula, sin embargo las pocas mujeres que habían apostado por él comenzaron a notar en ellas algunos cambios que sólo podían ser perceptibles a largo plazo. El primer efecto secundario detectado consistía en que el envejecimiento natural de la piel se ralentizaba y, en unos pocos casos, se detenía por completo. Cuando se supo esto la patente del producto había caducado, de tal manera que los pequeños laboratorios pudieron comercializar genéricos que, sin embargo, ya no eran vendidos como medicamentos, sino como productos de estética. Las mujeres jóvenes comenzaron a consumir este supresor de la regla pensando en su cutis, sin embargo las consecuencias del consumo prolongado y sistemático de este inhibidor de la menstruación iban más allá, mucho más allá. Fue en la segunda generación cuando los científicos estuvieron en condiciones de afirmar que habían encontrado el cáliz de la vida eterna. Los supresores de la menstruación, afirmaban, ralentizaban el envejecimiento al revertir en beneficio de la mujer las energías dedicadas a la gestación. Bueno, en realidad no dijeron eso exactamente, simplemente abrumaron a la opinión pública con una marea de datos y fórmulas que muy pocos pudieron entender pero que transmitía claramente el siguiente

mensaje: “papás, si queréis que vuestros descendientes vivan mil años, no tengáis hijos varones”.

“Papás...” Ahora ya nadie utiliza términos tan sexistas. Si nos olvidamos de mí, actualmente la raza humana está formada únicamente por mujeres eternamente jóvenes y completamente insatisfechas. Sin embargo la ausencia de varones no significa que no nazcan más niñas. Concebir una niña se ha convertido en algo imposible sin la ayuda de la tecnología, pero esto no quita que el nacimiento de un nuevo ser humano no siga siendo un hecho cotidiano. Hace faltan falta nuevas generaciones porque las mujeres, aunque son eternas, también enferman y mueren a causa de los accidentes.

Ahora, en mi lecho de muerte, mientras evoco la caravana de viejos y viejas que caminaban apoyados en sus bastones, me pregunto por qué a los varones no se nos dio la oportunidad de disfrutar de la eternidad. La mayor parte mis compañeras de estudio siguen vivas y casi no han cambiado en ciento cincuenta años. La razón de esta desigualdad radica en que desde el principio pocos científicos se preocuparon por aplicar los nuevos descubrimientos a la fisiología de los varones. Muy pocos. Aunque hubo algunos bioquímicos, la mayor parte de ellos con hijos varones de corta edad, que durante los primeros años de aquella transición sí se aplicaron en el intento. Pero sin resultados. Las futuras madres, mientras tanto, o no tenían tiempo o no querían arriesgarse a ver cómo su hijo varón envejecía y moría antes que ellas, de tal manera que comenzaron a dar a luz única y exclusivamente a niñas. Excepto gente como mi madre y un puñado de mujeres más.

En realidad no fue tan malo ser varón en un mundo poblado casi exclusivamente por mujeres jóvenes. Nunca me faltó el dinero ni la compañía. Las mujeres de la alta sociedad pagaban mucho por acostarse con alguno de los pocos hombres que conservaban la virilidad. Si pudiera retroceder en el tiempo y corregir algunos errores... El dinero fácil que proviene sólo del atractivo físico tiene fecha de caducidad. Me sentía como un Kent, como un juguete de plástico en manos de mujeres poderosas, pero no era consciente de ello. Sólo cuando la vejez comenzó a amenazarme me di cuenta de lo trágico de mi destino. Pocos años después, mirarme resultaba ya tan repulsivo que casi nadie era capaz de permanecer mucho rato a mi lado. La humanidad había olvidado la belleza solemne de la vejez y las personas, cuando me contemplaban sentado al sol, ya no veían en mí a una proyección de sí mismas en el futuro, porque se sentían asqueadas por lo que consideraban una deformidad. Poco a poco fui quedándome sin amigas. Afortunadamente mi madre aún vivía por aquellas fechas y cuidó de mí como si fuese su abuelo. Fue muy triste para ella. Pero eso no justifica su suicidio.

Desde que se mató estoy totalmente solo. Como esos viejos cuyos seres queridos dejaban abandonados antaño y que sólo se acordaban de ellos a la hora de repartir la herencia. Si no fuera por la gente de la universidad que me descubrió, me habría muerto de hambre y asco. Sé que estas mujeres sólo ven en mí a un sujeto de estudio y que, aunque intenten mostrarse amables conmigo, sólo comparten a mi lado mis últimos días para poder registrar cómo me voy apagando poco a poco. Katrina me ha animado a que escriba mi historia y al hacerlo me he dado cuenta de que éste va a ser mi testamento. No es mucho, pero al menos es suficiente para captar la atención de estas hermosas jóvenes que me atienden. A fin y al cabo, era lo que más ansiaban aquellos viejos que paseaban bajo el sol, no ser definitivamente olvidados por el devenir del tiempo.

Sexo - Tiempo

El vwayajè y las bananas de oro

Cuenta una leyenda jamaicana, que el *vwayajè*, en uno de sus eternos vagabundeos, encontró un día un mercado de frutas situado a las afueras de uno de los muchos pueblos que se asentaban a los pies de las montañas. En sus puestos había yuca, café y *sabel* y las bananas relucían sobre las mantas tendidas en el suelo como si estuvieran fundidas de oro. El caminante, que sabía lo mucho que se sentían atraídos los hombres por aquel metal, no pudo evitar pensar que, tal vez en otro lugar, alguien que no los hubiera visto de semejante categoría pudiera ser engañado por su aspecto. Por eso, rebuscó en el fondo de sus calzones, que era donde llevaba las pocas monedas que tenía, y, tras sopesar si debía pagarlos, compró el racimo más apetitoso. Una vez lo tuvo, lo metió en el saco que siempre llevaba al hombro y, con los pies ligeros, dejó la aldea para marchar al lado contrario del monte, donde era mucho menos conocido que allí.

Cuando llegó, la noche ya había descendido sobre las faldas de la montaña y las luces de una granja se dejaban ver entre las plantaciones de café que tanto renombre daban a la región. Con su saco al hombro, ocultas en las exquisitas bananas, fue hacia las llamas de las velas de sebo que se quemaban en su interior, casi tan doradas como el metal que había esclavizado a los hombres todavía más que el hierro de las cadenas. Llamó a la puerta con el puño y, cuando la mujer que vivía en ella le abrió, transformó su abierta sonrisa en una mueca de tristeza y dolor que habría hecho que el corazón más duro se hubiera derretido al instante. El de ella no lo era y le dejó pasar de inmediato, invitándole a sentarse a su mesa, en la que había dos cuencos y una cacerola de barro que dejaba escapar un intenso aroma. Después de que lo hiciera, le preguntó por qué tenía la cara tan seria.

—Por el hambre —respondió él—. Porque desde hace tiempo el hambre me acosa y, aunque podría librarme de él, una maldición me lo impide.

—¿Maldición? —preguntó asustada la mujer, que, aunque entrada en carnes al *vwayajè* no dejaba de parecerle tan apetecible como el guiso que tenía delante.

Él le contó entonces cómo, cuando caminaba por los pantanos de las tierras bajas, se había topado con un bananero cargado de fruto y, sin ver un dueño al que perteneciera, había arrancado de él un racimo de fruta. Pero el árbol era de una bruja y ésta, alertada por sus acciones, le maldijo con el hambre por su osadía. Con el hambre y con algo más, pues había convertido las bananas robadas en bananas de oro y, aunque rico, nunca podría venderlas ni librarse de ellas ni de acarrear su peso allá donde fuera. Acto seguido, a la luz de las candelas, le mostró el contenido del saco y ella quedó impresionada y convencida por sus palabras, pero a su pena y miedo, no tardó en sumarse la codicia que aquel metal despertaba en la gente. De ese modo, y sin tiempo para darle mayores explicaciones, le preguntó si la bruja le había dicho algo más sobre aquella condena con la que cargaba.

—No —replicó el caminante, con la cabeza gacha para que no pudiera ver la pícaro sonrisa que se había formado en su pesaroso rostro—. Aunque...

—¿Sí?

—Cuando transformó las bananas en oro también dijo otra cosa: «Al encontrar a quien sea capaz de darte todo cuanto deseas, sin importarle las riquezas que portas, ni hablar de ellas con nadie durante tres días y tres noches, entonces, y sólo entonces, podrás liberarte de su peso y dejarlo atrás» —dijo el viajero, sin apartar la mueca de desolación de su rostro—. Eso fue lo que me gritó, mientras corría para alejarme de ella y, aunque no sé qué quiso decir, me ha sido imposible renunciar al saco. Lo abandone donde lo abandone, lo encuentro colgando de mi hombro a la mañana siguiente.

La mujer se quedó pensativa, porque no llegaba a comprender cómo era que él no lo había entendido y ella sí. Sin embargo, al cabo de unos instantes, reaccionó y llenó el cuenco con guiso para que el *vwayajè* lo degustara. Como es de suponer, él lo devoró de dos bocados y ella volvió a llenarlo una y otra vez hasta que le vio satisfecho, con el vientre hinchado y por completo saciado. Entonces, le dijo que, si lo deseaba, podía pasar la noche allí, porque, aunque su marido era celoso, tenían espacio encima del corral que había frente a la casa y, mientras no le viese, no importaría que durmiese en él. Por supuesto, él le respondió que no había nada que le apeteciera más, pues, tras su obligado ayuno, la excelente comida le había llenado de tal manera el estómago que estaba deseando tenderse.

Le llevó al corral y subieron por las escalerillas que conducían al estrecho sobrado lleno de paja. Las curvas de ella se contonearon delante de él y no puedo evitar que el deseo le llenara. Le lanzó un pellizco y ella se quejó, aunque mucho menos de lo que debería de haber correspondido a una mujer casada. Siguió intentándolo y ella cedió a sus pretensiones al cabo de nada, por lo que yacieron de un modo muy distinto al que había pretendido en un principio. Después, en silencio, la campesina se fue para volver con una jarra del mejor ron que había en la casa. El caminante lo degustó y, tan sólo unos momentos después de escuchar como el señor de la casa llegaba y su mujer no le decía nada de su presencia, se quedó dormido con una sonrisa en los labios.

Así, comió en abundancia durante otras dos jornadas y sus respectivas noches, gozó con la esposa del granjero cuando él estaba en el campo y bebió de su licor todo lo que quiso, ya que ella le entregaba cuanto pensaba que sería de su gusto para, transcurrido el plazo de la bruja, poder retener consigo las bananas doradas que el *vwayajè* guardaba en su saco y ser rica. No le negó nada y las sonrisas llenaron el moreno rostro del viajero cada vez que sus deseos eran satisfechos, porque eran sencillos y no consistían en nada más que lo que ella le daba. También sonreía por lo baratos que le habían salido, pues tan sólo le habían costado lo que había pagado por las doradas bananas. Y porque ella no había hablado de su existencia con el cornudo de su esposo, que permanecía en la más absoluta de las ignorancias. Entonces, llegó la tarde del tercer día y la mujer, después de un rápido revolcón sobre la hierba de un prado cercano, quiso entregarle una última jarra de ron para celebrar que, cuando el sol se pusiera, la maldición que sobre él pesaba se acabaría. Pero ella se encontró con que se había bebido todas sus reservas y con el rostro contraído por el desánimo, le dijo que esperara, que iría a la aldea a buscar lo que precisaba y que no tardaría más que unos minutos. Él no se negó, ya que tenía previsto algo así y pensaba marcharse en cuanto anocheciera, aprovechando la oscuridad.

En cuanto ella desapareció por el sendero que conducía al pueblo, el *vwayajè* se puso las sandalias con las que calzaba sus rápidos pies y cargó el saco al hombro, con las bananas, que había decidido serían la cena de aquella noche, en su interior. Paso a paso, descendió por las escalerillas que llevaban a la cuadra, regodeándose ya con la satisfacción que le daba salirse con la suya.

Pero no contaba con que, aquel día, el marido regresara pronto de sus faenas en el cafetal. Cuando quiso darse cuenta, lo tenía encima, armado con una gruesa estaca de madera y pensando que era un ladrón y que en el saco llevaba los frutos de su fechoría. Los palos se sucedieron, mientras trataba de explicarse. A gatas y con las costillas doloridas, salió de la cuadra y empezó a arrastrarse hacia el sendero por el que regresaba la mujer. Ella le ayudará, se dijo, y de inmediato empezó a reclamar su auxilio a grandes voces, pidiéndole que explicara a su esposo lo que contenía el saco y que él no estaba robando. La granjera se puso pálida al oírle, pero, mientras los golpes se sucedían, no se movió ni dijo palabra. El *vwayajè* le

rogó que aclarara el malentendido, pero ella se mantuvo callada, dispuesta todavía a no hablar sobre las bananas de oro para así poder quedárselas al finalizar el día.

Y así, por la codicia que había despertado en ella, el caminante recibió la mayor paliza de su vida y no disfrutó de las bananas de oro.

Secreto - Silencio

Fresco

—No hay pelotas.

—¿Qué nos jugamos?

—Marcarás los dos próximos objetivos-, los demás confirmaron el ofrecimiento. —Pero si fallas, harás la guardia. No podrás pintar.

Se subió los pantalones ajustándolos a la cintura, arremangándose a continuación las mangas de la amplia sudadera. Echó una mirada de desafío a los cuatro rostros que le acompañaban mostrándoles el spray.

—Firmaré dentro: **Fresco**. Dejaré mi marca. Ganaré.

—¡Ja! ¿Cómo sabremos que has estado dentro y no acurrucado detrás de la valla?

Miró hacia la casa y señaló la ventana del piso de arriba, les saludaría desde allí. Todos quedaron conformes y vieron como se alejaba con paso ligero hacia el caserón. Franqueó la valla sin demasiados problemas y le perdieron de vista. Fijaron las miradas en la ventana del piso superior, preguntándose cuánto tardaría en llegar hasta ella, si es que llegaba.

El jardín estaba lleno de hierbajos que le alcanzaban la cintura, aunque el porche estaba curiosamente limpio, sin tan siquiera algo de polvo que desluciera su imponente paso al portón de madera noble con la aldaba de bronce tendida en silenciosa provocación. Tuvo un miedo repentino, no el simple miedo a invadir una propiedad ajena, estaba acostumbrado a hacerlo, era parte de los retos de su clan. Era un miedo agazapado en las entrañas que le cortaba la respiración. Rezó para que la puerta estuviera cerrada, tenía toda la pinta, entonces volvería con los demás. Tendrían que aceptar que no había habido manera de forzar semejante portón.

*Antes dejaré mi firma en la valla, pensó. Sabrán que **Fresco** ha estado aquí.*

Tendió la mano evitando la brillante aldaba y empujó suavemente. La puerta se deslizó hacia dentro sin el menor ruido, tan súbitamente que pareció un truco de magia. Se quedó paralizado, eso no lo esperaba. Pensó en volver de todos modos, pero sabía que los demás lo adivinarían, sabrían que se había rajado. Volvió a ajustarse los pantalones y apretando con fuerza el bote de spray, entró a la suave oscuridad del vestíbulo.

Sus ojos se acostumbraron pronto a la penumbra del interior. La iluminación procedía no sólo de la entrada, también de las ventanas ocultas por cortinajes que aunque espesos,

dejaban entrar algo de luz. Parpadeó con fuerza como si le costara distinguir algo hasta que cayó en la cuenta que no era el sentido de la vista el que tenía ofuscado, si no el oído. Sintió lo que debía ser estar sordo. Había estado en más de un lugar abandonado y había aprendido a distinguir su sinfonía: El crujido de una madera, el repique de una tubería, el correr escamoteado de una rata. Sin embargo, el silencio allí era tan profundo que tuvo que chasquear los dedos para asegurarse de que nada le ocurría a sus oídos.

Decidió seguir con el plan: Cuanto antes empezara, antes acabaría. Encaminó sus pasos con decisión hacia los escalones que llevaban al piso superior. Las aparatosas zapatillas que calzaba, chirriaron sobre el suelo de madera. El chirrido corrió por toda la casa como un murciélago sobresaltado, chocando contra las paredes, rebotando en los rincones y colándose por todas las grietas y resquicios.

Los relojes se pusieron en marcha: Tic.

Con esfuerzo al principio: Tac.

Cogiendo poco a poco el ritmo: Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

Los oyó al apoyar el pie sobre el segundo escalón. Alzó la cabeza mirando en todas direcciones, no había reloj alguno a la vista. Apretó con decisión el bote y en un impulso subió los escalones de dos en dos tropezando debido a su ímpetu, en los últimos. Consiguió mantener el equilibrio aferrándose a la barandilla, aunque la golpeó con la cadera con un sonido sordo. Los murciélagos sonoros aletearon de nuevo como posesos. Los relojes tomaron fuerza y velocidad y los tic se confundieron con los tac hasta remedar el correr de una locomotora desquiciada.

Notó que le faltaba el aire, una presencia invisible le apabullaba erizándole el cabello con escalofríos cabalgando su columna vertebral. Apretó los dientes resolviendo que no había llegado tan lejos para echar a correr como un crío asustado. Dirigió sus pasos al cuarto en el que calculaba estaba la ventana desde la que saludaría a los demás, pero antes dejaría su firma

Fresco

en la pared del amplio distribuidor del piso superior. El chorreo siseante de la pintura desencadenó un lamento al unísono de relojes quejumbrosos. Sintió que la cabeza le estallaba a causa del penetrante sonido y añoró con desesperación el silencio que le había recibido al entrar. Tuvo fuertes náuseas que le hicieron boquear lanzando gemidos mezclados con salivas ácidas. Olvidó su propósito, sólo quería salir de allí y lo más rápido posible. Bajó los escalones de tres en tres no rompiéndose la cabeza de verdadero milagro. Sentía los miembros cada vez más pesados conforme se acercaba al vestíbulo. Observó con horror, que la gran puerta de la entrada se entornaba lenta, pero inexorablemente. ¡Iba a quedar encerrado! Intentó correr, pero las articulaciones le ardían y todo se volvía borroso a su alrededor. Le abandonaban las fuerzas y soltó el bote incapaz de seguir sujetándolo. Un murmullo, como un canto grave, le llegó desde algún sitio debajo de la casa y presintió que algo se dirigía a su encuentro. Con un esfuerzo sobrehumano, llegó a la puerta consiguiendo traspasarla antes de que se cerrara del todo. Corrió presa del terror que le hizo recobrar algo de fuerzas y saltó la valla como pudo, aunque cayó de bruces al otro lado quedando tendido en el suelo.

No supo si había llegado a perder la conciencia, pero los oyó llegar y abrió los ojos. Le rodeaban, observándole. Sonrió. ¡Demonios! Quizás tuviera que aguantar sus chanzas por no haber alcanzado la ventana, pero le daba igual. Se alegraba de verlos.

Ellos no.

—¿Quién eres?

—¿Dónde está nuestro colega?

—¿Por qué llevas su ropa?

Se levantó con dificultad preguntándoles qué clase de broma le estaban gastando. Tendió la mano buscando su ayuda ¡Se encontraba tan fatigado! Echaron a correr gritando que llamarían a la policía. Apenas les escuchó. La mano tendida ante él era sarmentosa, de venas azuladas y endurecidas. Se palpó el rostro, el cuerpo: las carnes caían flojas, arrugadas. Su pecho se agitó intentando arañar aire que llevar a los pulmones. En vano. Se derrumbó con el corazón reventado de tanto esfuerzo. Nunca oyó la sirena que se aproximaba a toda prisa.

Los relojes ralentizaron su marcha y el silencio fue recogiendo los murciélagos hijos del visitante. Poco a poco la quietud amortajó hasta el último rincón y el silencio se agazapó de nuevo. Aguardando.

Silencio - Tiempo